

**Trabajo de Fin de Máster**

**TRAGEDIA Y CONCIENCIA HISTÓRICA  
EN LA FILOSOFÍA POLÍTICA  
DE MARÍA ZAMBRANO**

**Minerva Ana Rodríguez Garrido**

**Dirigido por Amelia Valcárcel**

**Universidad Nacional de Educación a Distancia  
Facultad de Filosofía  
Máster en Filosofía Teórica y Práctica  
Especialidad: Filosofía Práctica  
Convocatoria: Febrero de 2012**

## ÍNDICE:

<b>1. Introducción.....</b>	<b>3</b>
<b>2. Consideraciones preliminares sobre la filosofía de María Zambrano.....</b>	<b>5</b>
2.1. Vida y compromiso.....	5
2.2. La razón práctica.....	7
2.3. Intención y carácter de la filosofía de María Zambrano.....	11
<b>3 Tiempo e Historia.....</b>	<b>15</b>
3.1. La filosofía de María Zambrano como historicismo.....	15
3.2. Concepción del tiempo.....	18
3.3. Historia de las entrañas de la historia.....	21
3.4. El fin de la historia sacrificial.....	25
3.5. Política conservadora y política revolucionaria.....	30
3.6. reflexiones acerca de la historia de España.....	33
<b>4 Individuo y Persona.....</b>	<b>38</b>
4.1. El nacimiento del individuo.....	38
4.2. Liberalismo tradicional y <i>Nuevo liberalismo</i> .....	42
4.3. Tiempo y Libertad.....	48
4.4. Personaje y Persona.....	54
4.5. La llegada de la historia ética.....	57
<b>5 La democracia como superación de la tragedia.....</b>	<b>61</b>
5.1. La democracia como gobierno del pueblo.....	61
5.1.1. Pueblo y Masa.....	63
5.1.2. La función de las minorías en democracia.....	65
5.2. La sociedad democrática.....	67
<b>6 Conclusiones.....</b>	<b>72</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>75</b>

## 1.- INTRODUCCIÓN

En los últimos años el pensamiento de María Zambrano se ha colocado en un lugar destacado dentro del panorama filosófico nacional. Después de unos brillantes inicios en el contexto de la más tardía Escuela de Madrid, su obra cayó casi en el olvido durante décadas, posiblemente por su condición de exiliada, que la mantuvo fuera de España buena parte de su vida. Su regreso a la capital española en 1984 suscitó un interés creciente por sus singulares planteamientos filosóficos, pero este interés se centró casi en su totalidad en aquellas obras de temática metafísica, sus reflexiones acerca de lo sagrado o su novedoso modo de hermanar a la filosofía con la poesía.

La vertiente más política de su filosofía ha quedado relegada a un segundo plano, a pesar de que la autora dedicó a esta temática varias de sus obras más importantes. Una de las primeras dificultades halladas al iniciar este estudio ha sido precisamente la falta de bibliografía sobre este tema, las ideas políticas de María Zambrano. No obstante, hemos decidido hacer de la necesidad virtud, y hemos optado por acudir a la lectura directa de las obras de la autora en la elaboración del presente trabajo. Hemos acudido a sus propias palabras, sin apenas mediación, para ver las conclusiones que de ellas podíamos extraer. De este modo, además de otras lecturas secundarias, tanto de la propia María Zambrano como de otros autores, la bibliografía fundamental sobre las que se apoya el estudio que sigue, se centra, de manera prioritaria, en las siguientes tres obras: *Horizonte del liberalismo* (1930), *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil* (1936-1939) y *Persona y democracia* (1956).

Cuando nos aproximamos al estudio del pensamiento político de algún autor, es frecuente encontrarnos con los habituales encasillamientos en posturas ideológicas determinadas y reconocibles. Así, nos hemos encontrado con varias etiquetas que se han aplicado a las ideas políticas defendidas por María Zambrano, que van desde el liberalismo a la socialdemocracia o el republicanismo. Sin querer contradecir tales clasificaciones, hemos optado por acercarnos a las ideas de la filósofa sin ánimo de encasillarla, intentando mostrar la riqueza y amplitud de sus planteamientos y, creemos, respetando la actitud conciliadora y abierta de la que hizo gala en estos temas a lo largo de su vida, incluyendo aquellas etapas en las que participó activamente en la política española.

El propósito general que advertimos en la obra política de la autora es el de poner fin a lo que denominó historia sacrificial, o historia como tragedia, que es el relato de lo que el ser humano ha vivido desde el comienzo de la civilización hasta nuestros días. La superación de la historia trágica es el dintel que hemos de atravesar en la actualidad para entrar en una nueva fase: la historia ética. El instrumento con el que contamos será la conciencia histórica que implica un adecuado trato con el tiempo para abrir un camino de libertad a la persona.

El estudio que presentamos a continuación consta de cuatro partes. La primera y más breve, consiste en una introducción general a aquellos planteamientos filosóficos de la autora que serán clave para el tratamiento de sus ideas políticas. La segunda hace un análisis de la concepción zambrana existencial del tiempo y su relación con la historia de la civilización occidental. La tercera, presenta la nueva imagen del ser humano postulada por la autora, la persona, que constituirá una superación del individuo liberal, y será el vehículo con el cual se logre alcanzar la meta de una historia ética. Por último, la cuarta parte presentará su particular modelo político, una novedosa concepción de la democracia como un régimen constituido por y para el pueblo, la forma social análoga a la persona.

## 2.- CONSIDERACIONES PRELIMINARES SOBRE LA FILOSOFÍA DE MARÍA ZAMBRANO

### 2.1.- Vida y compromiso

María Zambrano nace en Vélez-Málaga en 1904, aunque pasa su niñez y juventud entre Madrid y Segovia debido al trabajo de profesor de su padre, Blas Zambrano, quien estaba vinculado políticamente a tendencias socialistas y republicanas. En 1924 se traslada a la capital para cursar sus estudios universitarios en Filosofía, teniendo como profesores a algunos de los grandes pensadores de la Escuela de Madrid, como Ortega y Gasset, García Morente, Julián Besteiro o Xavier Zubiri, entre otros. En 1931 es nombrada profesora auxiliar de metafísica en la Universidad Central y en 1932 sustituye a Zubiri en la cátedra dedicada a la enseñanza de esta disciplina.

Durante su juventud se involucra activamente en movimientos estudiantiles y políticos. En 1930 publica su primer libro, *Horizonte del liberalismo*, obra sintética donde enuncia sus inquietudes políticas, optando por postular la necesidad de una nueva forma de entender el liberalismo, de un modo no economicista y no individualista, sino espiritual y democrático, y donde señala las limitaciones del liberalismo económico, imperante en su época, y del marxismo.

En 1931 se proclama la II República, con la que nuestra autora se compromete activamente. Participa en las Misiones Pedagógicas que tienen como fin la educación cultural del pueblo en diversas aldeas y poblaciones de la geografía española. En 1932 da un paso más allá en su compromiso político y participa en la constitución y firma del Manifiesto del Frente Español (FE) junto con otros jóvenes universitarios, siendo éste «el momento de su más grave error político»<sup>1</sup> que, bajo la inspiración de las ideas de Ortega, incita la creación de un “partido nacional”. El FE pronto comienza a escorarse ideológicamente hacia posiciones fascistas, de hecho el propio José Antonio Primo de Rivera trata de sumarse al mismo. María Zambrano se lo impide personalmente y decide disolver el Frente en el mismo año.

Durante la República y la Guerra Civil, la autora colabora con varias revistas de tendencias liberales y republicanas. Muchas de estas publicaciones fueron recogidas en el libro *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil* en el que

<sup>1</sup>J. Moreno Sanz, “Cronología” en M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Trotta, Madrid, 1998, p. 45.

se exponen las principales preocupaciones de la pensadora con respecto a la situación política y cultural de España entre los años 1928 y 1939.

María Zambrano sale de España en Enero de 1939, iniciando un largo exilio al que pondrá fin en 1984. Su primer destino es París y poco después México, donde es nombrada profesora en la Universidad San Nicolás de Hidalgo en Morelia. También enseñará filosofía en Puerto Rico, para acabar en 1946 de nuevo en París, donde se hace cargo de su hermana Araceli que había sido torturada por los nazis durante la II Guerra Mundial, hasta la muerte de ésta. En los siguientes años vivirá en La Habana y se instalará seguidamente en Roma y más tarde en La Pièce (Francia). Durante estos años de exilio, Zambrano escribe las obras nucleares de su filosofía, entre las que cabe destacar *Filosofía y poesía* (1939), *Hacia un saber sobre el alma* (1950), *El hombre y lo divino* (1955), *La tumba de Antígona* (1967) o *Claros de bosque* (1977), entre otras.

También escribirá en estos años dos obras que destacamos por su temática propiamente política e histórica y que serán lecturas nucleares para el desarrollo del presente trabajo. *Delirio y destino*, obra escrita en La Habana en 1951, aunque no será publicada hasta 1989, es una novela autobiográfica que tiene como subtítulo *Los veinte años de una española*, en donde la pensadora hace un relato en el cual se entretajan consideraciones históricas, reflexiones filosóficas y datos autobiográficos que van desde el tránsito de la dictadura de Primo de Rivera al advenimiento de la II República, hasta el tormento vivido por el pueblo español con el levantamiento militar de Franco y el estallido de la Guerra Civil. En 1956 escribe su libro más maduro sobre filosofía política, *Persona y democracia*, publicado dos años más tarde, en donde postula al régimen democrático como «la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona»<sup>2</sup>, conceptos sobre los que nos extenderemos ampliamente en las próximas páginas.

Para entender en qué consiste el compromiso político de María Zambrano, seguiremos a Adolfo Sánchez Vázquez<sup>3</sup> en el desglosamiento que hace de la cuestión. María Zambrano se compromete contra el fascismo actualizado por el levantamiento militar que desencadena la Guerra Civil española y contra todos los modos de absolutismo que, bajo unas consignas u otras, proliferan en la Europa de principios del siglo XX. Se compromete con el pueblo español, con la España viva, olvidada

---

<sup>2</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Siruela, Madrid, 2004, p. 169.

<sup>3</sup> A. Sánchez Vázquez, “El compromiso político intelectual de María Zambrano” en *Revista de la Universidad de México*, pp.11-12.

históricamente por la España oficial embalsamada, y con los intelectuales abanderados de la República democrática.

Se compromete como intelectual y como ciudadana española mediante la palabra escrita, en una doble dimensión, moral y política, como tendremos ocasión de comprobar en el presente estudio, defendiendo un modo de razón combativa, puesta al servicio de la vida del pueblo, pues como ella muy bien advierte «convendría recordarles que en los días del nacimiento de la razón, con maravillosa y fragante intuición, se quiso representar a la diosa de la sabiduría, Palas Atenea, se la vistió con casco, lanza y escudo. La razón nació armada, combatiente»<sup>4</sup>. Es esta modalidad de razón, comprometida y luchadora, puesta al servicio de la justicia, la que la filósofa se propone recuperar y la que pone de manifiesto en sus escritos políticos.

## **2.2.-La razón poética**

Una de las motivaciones fundamentales del filosofar de María Zambrano es la de superar las limitaciones y unidimensionalidad del racionalismo, nacido del triunfo de la filosofía de la unidad del ser y el pensar de Parménides sobre el dinamismo de Heráclito, y llevado a su máximo apogeo en el pensamiento cartesiano, del que todavía la cultura occidental es heredera.

Sitúa el origen del “entendimiento”, o de la constitución de la idea que el ser humano tiene de su propio entendimiento, en la antigua Grecia, al hilo del cuestionamiento de la realidad que le rodea. «La razón y el ser son descubiertos al mismo tiempo por el hombre griego, y su descubrimiento es el comienzo mismo de la filosofía».<sup>5</sup> Ante la inseguridad que le produce una realidad natural cambiante e inaprehensible, el ser humano busca la salvación en el pensamiento, en un mundo ideal de realidades estables, definido y limitado. La realidad verdadera y absoluta que es el ser, tiene como correlato a la razón, capacidad de captarlo en su immaculada inmovilidad, que también es absoluta y «entre estos dos absolutos, el hombre se sintió

---

<sup>4</sup> M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Ed. Trotta, Madrid, 1998, p. 109.

<sup>5</sup> M. Zambrano, “La reforma del entendimiento” en *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 134.

seguro y creó el dogmatismo metafísico racionalista y absolutista que ha llenado con todas sus consecuencias más de veinte siglos de historia».<sup>6</sup>

Sin embargo, con el triunfo de Parménides sobre Heráclito el hombre no sólo gana en seguridad, sino que pierde todo aquello que escapa al esquematismo impuesto por la razón, como la poesía, la religión, el arte, el sentimiento, etc. Como apunta la autora «esto último sucede en las épocas intelectualistas. Las ideas han dejado de ser para la vida, y la vida, por el contrario, ha llegado a ser para las ideas».<sup>7</sup> El intelectualismo traiciona a la verdadera inteligencia al dar la espalda a la realidad. Las ideas se convierten en obstáculo en vez de iluminar.

Pero el triunfo no fue absoluto, pues en la historia de la filosofía, junto a las más preclaras mentes lúcidas, siempre han surgido filósofos de las sombras: San Juan de la Cruz, Spinoza, Kierkegaard o Nietzsche, entre otros muchos. Es de estas corrientes subterráneas del pensamiento de las que se empapa la filosofía de María Zambrano y su razón poética.

Un giro decisivo en la historia del pensamiento occidental se da gracias a la figura de Hegel con el que, según la autora, se cierra el círculo de la metafísica de la razón. Con él vuelven a identificarse plenamente razón y ser, pero en su filosofía interviene un nuevo elemento que antes no había sido tenido en cuenta: el tiempo. La razón es histórica y se da en el tiempo. Con este elemento surge la necesidad de crear una nueva forma de entender la razón que dé cuenta de una realidad, que por ser histórica, está sometida al cambio, al fluir de la vida.

Y la situación es tanto más pavorosa por dos razones: una, porque ahora se comprende que ha sido tarea relativamente sencilla la efectuada por la razón en el pasado, porque la razón humana en su estructura parece coincidir con la estructura del mundo físico-matemático, y hoy es otro mundo, el mundo histórico el que precisa ser descifrado, y otra razón es que siendo justamente este mundo histórico integrado por acciones humanas, sea el que mayor resistencia ofrezca al conocimiento humano. Esto último nos evidencia una trágica dualidad en el hombre, entre su razón y su ser mismo, es decir, que esa identidad de que nos habla Spinoza cuando dice: «el orden de conexión de las ideas es idéntico al orden y conexión de la realidad», se daría más entre la razón humana y el mundo natural que entre la misma razón humana y el ser humano, que se nos aparece como ininteligible.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Ibidem.

<sup>7</sup> Ibid., p. 135.

<sup>8</sup> Ibid., p. 137.

Esta es la encrucijada en la que nos encontramos: la razón tradicional, tal como fue entendida por la filosofía predominante desde Grecia hasta hoy, aún habiendo alcanzado los mayores logros en el desciframiento del mundo natural, se muestra impotente para dar cuenta de una realidad humana esencialmente sometida al paso del tiempo y al cambio. Es preciso modelar un nuevo uso de la razón que acerque el entendimiento a la vida.

Como su maestro, Ortega y Gasset, María Zambrano defiende la necesidad de someter a la razón y ponerla al servicio de la vida, pero no de una vida genérica entendida de modo biológico, espontáneo y evolutivo, sino en el sentido de “las vidas de los hombres” de los seres humanos “de carne y hueso”, como dijera también Unamuno, que viven como pueblo en unas circunstancias socio-económicas e históricas determinadas, y que sienten las urgencias naturales a la vez que luchan por un proyecto existencial.

Este nuevo modelo de razón puesto al servicio de la vida está inspirado, aunque trasciende, a la razón vital orteguiana. Es la originalmente zambrana “razón poética”, una racionalidad que busca el reencuentro con la pasión, la experiencia y la poesía para recoger la verdad desnuda. Busca una reconciliación entre historia, filosofía y poesía para reintegrar la unidad del hombre, fragmentado por la racionalidad científica moderna. Se trata de un conocimiento sintético en oposición al conocimiento racionalista, fundamentalmente analítico, que trata de reconstruir el sentido profundo del mundo humano.

La razón poética, siendo la mayor aportación filosófica de la autora, no fue, sin embargo, expuesta de manera sistemática y exhaustiva en ninguna de sus obras, sino que más bien, como dice Chantal Maillard, «la razón poética se construye como el método adecuado para la consecución del fin propuesto: la creación de la persona».<sup>9</sup> Es la razón poética una razón creadora, que se encarna en la imagen, el símbolo y la metáfora, «una razón que diera cuenta de la recepción vital de los acontecimientos y se elaborara por la palabra, una razón siempre “naciente”».<sup>10</sup> Utiliza Zambrano un lenguaje fluido, dinámico, que trata de recoger la misma multiplicidad y dinamicidad de lo real, de manera que, según Maillard, se puede afirmar que María Zambrano fue una justa precursora del “pensamiento débil”, propio de la racionalidad posmoderna.

---

<sup>9</sup> C. Maillard, *La mujer y su obra*, p. 8.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p.2.

Y quizás sea esta razón poética la adecuada para adentrarse y tratar a los problemas que aquejan al pueblo español, referente último de las consideraciones zambranianas en torno a las relaciones entre filosofía, política e historia, puesto que la literatura es para los españoles lo que la filosofía es para el resto de Europa. En el escrito “La reforma del entendimiento español”<sup>11</sup>, se entiende a éste como un entendimiento fundamentalmente ateórico, pobre en ideas pero tremendamente rico en cultura popular y en el conocimiento profundo de la realidad humana, como expresa Zambrano en las múltiples referencias que a lo largo de su obra hace a literatos como Cervantes, Galdós o Machado, entre otros. Como dice la autora:

Supone la novela una riqueza humana mucho mayor que la Filosofía, porque supone que algo está ahí, que algo persiste en el fracaso; el novelista no construye ni añade nada a sus personajes, no reforma la vida, mientras que el filósofo la reforma, creando sobre la vida espontánea una vida según pensamientos, una vida creada, sistematizada. La novela acepta al hombre tal y como es en su fracaso, mientras que la Filosofía avanza sola, sin supuestos.

Nuestra novela, desde Cervantes a Galdós, pasando por la picaresca, nos trae el verdadero alimento intelectual del español en su horror por el sistema filosófico; es en ella donde hemos de ver lo que el español veía y sabía y también lo que el español era. También de lo que carecía.<sup>12</sup>

Zambrano, gracias a su estilo poético, consigue transmitir con calculada exactitud un universo filosófico completamente novedoso en el pensamiento español. Como dice Manuel Suances: «tras el ropaje poético y literario, es capaz de llegar al trasfondo metafísico existencial; algo, por lo demás, típicamente español, con lo cual, su obra adquiere múltiples planos de intelección: poética, metafísica, mística, existencial... Y todo ello lo realiza de modo ágil, sin estridencias, sin artificios, de modo vital y sugerente».<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> M. Zambrano, “La reforma del entendimiento español” en *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>13</sup> M. Suances Marcos, *Historia de la Filosofía Española Contemporánea*, Ed. Síntesis, Madrid, 2006. p. 471.

### 2.3.- Intención y carácter de la filosofía de María Zambrano

Lo que María Zambrano busca con su filosofar es indagar en las entrañas de la historia, que no es más que profundizar en las entrañas del hombre, su único sujeto. Con esto lo que pretende es desentrañar al hombre mismo, un conocimiento profundo de su ser. Para tal empresa rechaza como método al logos occidental, al racionalismo moderno y su afán analítico y conceptualista, que trata de aprehender, de aprisionar al objeto conocido, a la vez que lo desintegra en partes asignificativas, ejerciendo su voluntad de dominio sobre una realidad a la que termina destruyendo.

Como alternativa, como ya hemos apuntado, propone la razón poética, que tiene la finalidad de descender a los ínfimos de la Historia y del ser humano. *Inferus*, lo que lleva algo dentro sí, es a lo que la filosofía debe atender, a las condiciones de posibilidad de la Historia, a sus entrañas, para asistir a su nacimiento como un producto del hombre. Asistir a su nacimiento sin afán de dominio ni de análisis, sino contemplando y escuchando lo que el ser humano lleva dentro de sí. Para tal empresa será adecuado el lenguaje poético, la imagen y la metáfora, y no el concepto aprisionante, que a la vez que define, delimita y esquematiza, dejando fuera de sí la enorme riqueza de los sentidos. La razón poética se expresa en un «discurso no necesario, discurso abierto, descubridor de ese andar haciéndose de la persona con su tiempo».<sup>14</sup>

En su primera obra, *Horizonte del Liberalismo*, podemos comprobar cómo en sus planteamientos políticos subyacen una serie de preguntas que apuntan a cuestiones genuinamente existenciales, que ella misma se encarga de sacar a la luz. Preguntas como: ¿De qué raíz emana la política?, ¿cuál es su relación con la vida, la sigue o la detiene?, ¿qué papel juega la política en los distintos modos de enfrentarnos con la vida?, ¿puede la política resolver los problemas que nos aquejan?, ¿puede resolver al mismo tiempo el problema económico y el cultural? Sostiene la autora que quizá estas preguntas, que subterráneamente subyacen a su pensamiento, sean «única realidad tal vez de todo ello».<sup>15</sup>

Apunta, por tanto, la política al centro mismo del problema del hombre, dado que parte ella misma de una concepción del ser humano y del lugar que éste ocupa en el mundo. La política parte de una voluntad de reforma de la realidad y «se encuentra

---

<sup>14</sup> C. Maillard, *La mujer y su obra*. p.7.

<sup>15</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. Morata, Madrid, 1996, p. 201.

vinculada en su esencia espiritual a una proposición de sentido absoluto, a una dogma que le ofrece dirección y meta».<sup>16</sup> La concepción de la política depende de la concepción que tengamos de la vida histórica por lo que, para construir un nuevo proyecto político acorde con nuestro tiempo, es preciso pararse a contemplar la herencia con la que nos hemos encontrado y decidir qué es lo que queremos salvar y qué queremos dejar atrás; parafraseando a Zambrano, hemos de descubrir la historia poco a poco, con amorosos ojos.

Pero descubrir la historia no es un acto simple, no consiste en una mera recopilación de datos. Y, por otro lado, el tiempo no es lineal y plano como un claro espejo, sino que es curvilíneo.

Pero en el tiempo todo se aparece cóncavo o convexo, especialmente el pasado, que, para ser salvado de la deformación que llega tan fácilmente hasta lo grotesco, ha de ser enderezado, restituido a lo que era y más aún a lo que iba a ser. El tiempo envuelve a lo inédito, al prometido ignorante de lo que le espera [...] Pues que todo en este planeta tiende a ocultarse y hasta a hundirse: el tiempo y la historia, el ser viviente adensando así esos «ínferos» que desde los comienzos amenazan devorar ser y vida. Y así, más que sobre una tierra que acoge y sustenta, el hombre parece estar depositado sobre las aguas de las que como un sol naciente apenas emerge, mientras él se cree poseer ya un rostro por entero, un rostro suyo.<sup>17</sup>

El texto que acabamos de recoger está extraído de la presentación a *Los intelectuales en el drama de España*, escrita por María Zambrano en 1977, como introducción a esta obra publicada por primera vez en 1937, cuarenta años después, con el sugerente título “La experiencia de la historia (Después de entonces)”. En este escrito introductorio trata de presentar la obra que viene a continuación como un testimonio más, como el relato de una experiencia vivida en esos meses posteriores al estallido de la guerra civil, como un fragmento de la Historia, pues la Historia está compuesta de los miles de acontecimientos, vivencias y experiencias de las personas que la viven y la sufren. Un fragmento que, como todos los fragmentos, revela la totalidad.

El hombre, para humanizarse, ha de humanizar su historia. La comprensión de la historia sólo es posible recorriéndola, participando en ella, «una luz de la que el sujeto *participa haciéndola*, no recibéndola en modo inerte: la verdad viviente que sólo aquel que la mantiene y en ella está dispuesto a quemarse puede ofrecer».<sup>18</sup> En la historia se

---

<sup>16</sup> Ibid., p. 206.

<sup>17</sup> Zambrano, M. *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 77.

<sup>18</sup> Ibid., p. 80.

revela al hombre, si es fiel a la auténtica experiencia reveladora de sentido. El hombre ha de hacerse cargo de su pasado para poder construir su futuro, ha conocerse a sí mismo, ver su verdadero rostro y contar con él en su proyecto. Pero para poder conocerse ha de saber cómo conocerse, ha de contar con el tiempo, ha de conocer y reconstruir su historia. En palabras de la autora, «en la hora presente urgen obreros del tiempo en sus dos direcciones: hacia el pasado, para que nos lo descubran sin deshacerlo, y hacia el porvenir, para sacarlo a la luz entre los desmontes del presente. Urgen creadores del hombre, urgen arquitectos que estructuren la atomización pasada».<sup>19</sup>

El tiempo es el medio ambiente de la vida del hombre, es lo que a la vez nos pone en comunicación y nos separa de todo y de todos, «pues siendo el tiempo nuestro medio vital por excelencia, habríamos de saberlo respirar como el aire»<sup>20</sup>. Pero el hecho es que no sabemos “respirarlo”, y ésta es nuestra tarea. Para saber tratar con el tiempo es necesario crearlo antes.

Lo esencial al ser humano, además del pensamiento, es la acción, en la cual pone en ejercicio y manifiesta a su ser. El hombre ha de descubrir su camino, siendo él mismo el camino y «descubrir un camino, abrirlo, trazarlo es la acción más humana porque es al mismo tiempo acción y conocimiento: decisión y una cierta fe que regula la esperanza en forma tal de convertirla en voluntad. Es pues una acción moral entre todas»<sup>21</sup>. Por tanto el ser humano es esencialmente creador de su propia vida, y esta creación toca de lleno al ámbito de la ética, es fundamentalmente una acción moral.

Pero el camino no se traza a partir de la nada, necesitamos un marco de referencia según el cual guiarnos, necesitamos un horizonte. «El camino se abre cuando se despeja el horizonte. El horizonte creador de espacio y tiempo»<sup>22</sup>. Sólo teniendo un horizonte es posible ordenar los acontecimientos y encontrar el lugar que nos es propio. La tarea será, pues, la de descubrir este horizonte de sentido, siempre lejano pero que nos atrae como un proyecto inacabable, como una finalidad. «Hay acción tan sólo cuando existe una finalidad. Mas sólo tras haberse señalado un fin lejano aparecen las finalidades inmediatas. Esa lejana luz es claridad que recae sobre las circunstancias inmediatas y las ordena, las hace cobrar sentido».<sup>23</sup>

---

<sup>19</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p. 207.

<sup>20</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 34.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>23</sup> *Ibidem.*

Una vez que nos hemos propuesto como tarea ineludible el descubrimiento de tal horizonte de sentido, cabe la pregunta: ¿Dónde hemos de buscar para conocerlo? La respuesta nos la da la autora unas páginas más adelante:

Conocer de verdad sería conocer el término de lo que se espera y se quiere, y situarlo en forma tal que alumbrase el camino a seguir: que haga descender desde la meta un camino.

Conocerse sería poder ver los movimientos más íntimos, esenciales y, por ello mismo, inconscientes, de nuestro ser, sorprendernos en ellos: poder describirlos y dirigirlos. El conocimiento de las llamadas «pasiones», sin duda, forma parte de ello. Más bajo las pasiones, otras pasiones más fundamentales se esconden y debajo de todas, la pasión de ser. La larga pasión que al hombre le exige ser, a declararse, a enunciarse, y a realizarse desde tan lejos como si no fuese suya: como si fuese la prolongación de un Dios que lo creara para eso, para alcanzar ser, y logro semejante a él mismo.<sup>24</sup>

El conocimiento del hombre, de lo que el hombre es, se encuentra en sí mismo, en el desvelamiento de sus pasiones, especialmente de su pasión más fundamental, la “pasión de ser”, de afirmarse a sí mismo como argumento. Es éste un conocimiento no asumible bajo la estrechez del concepto, sino que requiere una investigación más profunda y más abierta, la que María Zambrano nos propone usando la razón poética como método. Una profundización para sacar a luz y desvelar esos ínfimos de los que nace la historia humana y que han posibilitado los horrores del pasado, pero que también pudieran alumbrar un futuro más adecuado a la vida del hombre, o de la persona, como más adelante veremos.

---

<sup>24</sup> Ibid., p. 48-49.

### 3.- TIEMPO E HISTORIA

#### 3.1.- La filosofía política de María Zambrano como historicismo

Resulta complicado separar las consideraciones que María Zambrano hace en torno a la política, de sus reflexiones en torno a la historia y a la moral. Como afirma Jorge Velázquez Delgado, quizás «la determinación más importante que hacemos sobre esta filosofía política, es considerarla también como un historicismo».<sup>25</sup>

La filosofía política de María Zambrano se sustenta claramente en una filosofía de la historia. La acción política es entendida como un tipo de acción moral que tiene como fin el de la emancipación del ser humano en la historia. Como ella misma afirma: «toda política supone idealmente una conciencia histórica; es su alumbramiento; se dirige a un futuro, lo crea»<sup>26</sup>. Pero al mismo tiempo la política nace de la voluntad de reforma de una realidad con la que el ser humano no se siente identificado, es por eso una acción moral. La política se inclina hacia una reforma, no sólo del régimen de gobierno o de la sociedad, sino que también trata de reformar al propio individuo actuante y a la totalidad de la vida.

En este sentido se entiende a la política como un conjunto de acciones humanas, tanto individuales como colectivas, enraizadas históricamente en un contexto determinado, que suponen un movimiento hacia algo, un *telos*, un horizonte de sentido. La política, como acción en la que aparecen imbricadas fuertemente la moral y la historia, es algo previo a cualquier determinación ideológica, que ya supone una toma de posición o dirección de la finalidad precisa. La doble tarea que nos proponemos es, en primer lugar, la de investigar porqué la historia previa, diseñada para el logro de la emancipación humana, ha fracasado, y, en segundo lugar, proponer con nuestra pensadora una nueva actitud que finalmente consiga tal objetivo.

María Zambrano, como muchos otros intelectuales europeos que viven en sus carnes las sangrientas tragedias históricas ocurridas a lo largo del pasado siglo XX, trata de buscar un origen a tales fenómenos, y cree encontrarlos, al menos en parte, en el ambiciosísimo, aunque fallido, proyecto ilustrado. Parte de una radical crítica hacia la

---

<sup>25</sup> J. Velázquez Delgado, “Límites y horizontes del liberalismo” en *Andamios* Vol. 2, núm. 4, Junio, 2006, p.61.

<sup>26</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p. 204.

modernidad, hacia sus presupuestos y proyectos, de los cuales somos herederos y también víctimas.

Si bien el proyecto ilustrado nace con una clara voluntad emancipadora de la humanidad, éste es en algún momento pervertido y da a luz a su contrario: el absolutismo. Pero ¿qué es lo que hace que el sueño moderno se haya convertido en pesadilla?

Según la autora, la historia de Occidente ha estado empapada de una profunda fe humanista, se ha puesto a la existencia del hombre y la actualización de su particular originalidad como tesis en busca de su cumplimiento y, en virtud de esto, se ha buscado una forma de sociedad apta para su realización. Pero, en esta misma empresa, ha encontrado el hombre la trampa:

Pero esta misma fe humanista ha edificado el mayor de los obstáculos para la realización de esta sociedad que le es adecuada: el absolutismo. Pues, paradójicamente, el hombre al afirmarse a sí mismo ha tropezado consigo mismo, se ha enredado con su propia sombra, con su propio sueño, con su imagen; el sueño de su poder y aun de su ser llevado al extremo, convertido en absoluto. De ahí, el absolutismo occidental, tan diverso de los despotismos orientales.<sup>27</sup>

El hombre occidental ha deseado con todas sus fuerzas su propia realización, su liberación en la historia y la creación de una sociedad en la que una vida propiamente humana pueda ser posible. Pero «todo lo que el hombre quiere, primero lo sueña. Y como sucede en los sueños lo absolutiza».<sup>28</sup> El absolutismo descansa en el «querer algo absolutamente».<sup>29</sup>

El racionalismo moderno, heredero del griego, trata de simplificar la vida y de organizarla conforme a un orden impuesto por el logos del hombre. Esto lo consigue desatendiendo a la multiplicidad de lo real y a las mutaciones provocadas por el devenir temporal. Busca algo inalterable en la realidad en lo cual encuentre una seguridad y, seguidamente, lo absolutiza. La razón se convierte así en dominadora del mundo, de los hombres y de su tiempo, «explica el pasado; organiza, dándole un sentido, al presente; y proporciona un derrotero para el futuro: el progreso al que ineludiblemente se dirige la humanidad».<sup>30</sup> El racionalismo «como toda actitud fundada en ideales, es de origen más noble, pero también más peligrosa. Supone una gran fe en la razón y también en el

---

<sup>27</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 77.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>30</sup> L. Alvarenga, *Las ideas políticas en María Zambrano*, p. 34.

mundo; en un mundo conformado racionalmente –por eso la razón es buen instrumento para conocerlo- . Y una gran ansia de fijar la vida –todo lo que fluye- en formas inteligibles, que, una vez alcanzadas, son las únicas. La pura razón es la pura monotonía».<sup>31</sup>

De este racionalismo moderno se derivan los grandes modelos políticos dominantes en la época desde la que escribe María Zambrano: el liberalismo económico, el comunismo marxista-leninista y el fascismo. Todos ellos tienen como fin la redención de la humanidad en un sistema político ideal y, por tanto, absoluto e inmovible. Trataremos con más detalle el análisis que la autora hace del liberalismo económico en la tercera parte del presente trabajo.

El comunismo «partiendo de una teoría de la historia, crea una economía, una moral, un arte, es decir, una cultura. Es una política inspirada en la vida, en la que la vida predomina y aun aplasta al individuo [...] Hay horror a lo imprevisto. Se persigue toda posible espontaneidad –heterodoxia- hasta el detalle, hasta la obsesión. El comunismo ruso ama tanto la vida que, en ansia erótica, quiere apoderarse de ella y detenerla».<sup>32</sup>

El fascismo, por su parte, nace de una actitud desesperada ante una realidad que no da lo que promete, es consciente de las limitaciones del hombre con respecto a la realidad, una actitud que deriva del idealismo europeo, por lo que se propone destruirla. «El fascismo ha elevado un culto a los “Hechos”, pero comienza eludiendo todo hecho y creándolo con su violencia [...] Y esto es lo que hace no ya que el fascismo cometa crímenes, sino que él mismo sea un crimen: porque obra sin reconocer más realidad que la suya, porque funda la realidad en un acto suyo de violencia destructora»<sup>33</sup>, «el fascismo brota de una impotencia, de una energía detenida, de un estrangulamiento europeo».<sup>34</sup>

Pero, si bien la autora se muestra crítica con los resultados históricos del racionalismo moderno, no es menos cierto que también reconoce los logros de este tipo de pensamiento. También hace una valoración positiva de la modernidad como el nacimiento de una conciencia crítica y libertaria de la historia. María Zambrano se inscribe a sí misma dentro de una tradición liberal que acepta sin fisuras al Estado moderno y a la comunidad política que de él surge. Fue una firme defensora de la

---

<sup>31</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p.215.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 208.

<sup>33</sup> M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 95.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 97.

Segunda República española y del espíritu democrático occidental, como tendremos oportunidad de ver en las partes cuarta y quinta de este estudio.

### **3.2.- Concepción del tiempo**

El análisis de la historia debe ser precedido por un análisis del tiempo. El tiempo es entendido, en primer lugar, como algo existencial. El tiempo es el «medio ambiente de toda vida»<sup>35</sup>, en el que vivimos y convivimos con los demás, nos permite la comunicación a la vez que nos separa de los demás y, precisamente por ser nuestro medio ambiente, pasa tan inadvertido como el aire que respiramos. Hemos de aprender a hacernos cargo del tiempo, hemos de aprender a respirarlo, pero esto constituye una sabiduría, no es algo que sepamos hacer de manera innata.

Y es el del tiempo un problema fundamental para el ser humano, puesto que «la vida humana no está compuesta de hechos sino de situaciones»<sup>36</sup>. Yerra la historia oficial y académica al interpretar el devenir histórico como una sucesión de hechos separables y analizables en sí. La historia no es más que la historia de las vidas concretas de los hombres, y sus vidas consisten en un devenir ininterrumpido de situaciones espacio-temporales que dan las claves de cada interpretación. Son situaciones vividas por los hombres y, en cuanto hablamos del nivel de la experiencia concreta, el método racionalista de contemplarlas nos resulta inadecuado. Es necesario proyectar otro tipo de conocimiento para dar cuenta de esta realidad esencialmente humana que es la historia y «tal conocimiento requiere una concepción del tiempo y aún antes que ella una cierta fenomenología del tiempo en la vida humana»<sup>37</sup>.

Tiempo personal e historia han de ser estudiados conjuntamente, puesto que, como afirma Chantal Maillard:

Los mismos parámetros con los que define Zambrano la historia social, es aplicado por ella a la historia personal, y no ha de extrañar, puesto que la historia, la de todos, la hacen los individuos que proyectan a nivel social sus temores, sus angustias, sus ansias, sus abusos, su ignorancia, sus anhelos. Las deformaciones sociales son la institucionalización de las deformaciones personales, y las constituciones, el precio que paga cada cual por atenuar

---

<sup>35</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 26.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 115.

consensualmente su propia angustia vital. Así pues; el endiosamiento de unos, la enajenación de otros (idolatría y sacrificio), la instrumentalización de la razón y la estructura temporal son pautas correctamente aplicables a la Historia –la de todos, la que se construye en comunidad- y a esa otra historia que es el argumento de cada ser humano, padecida en la Historia y bajo ella.<sup>38</sup>

Así pues, la Historia, como historia de todos los seres humanos, es una creación del hombre y no algo que simplemente “le pasa”. Para desentrañarla es preciso conocer al ser humano, su estructura temporal y sus pasiones que se reflejan en los acontecimientos narrados en los libros. La historia social es, por tanto, una escenificación de la historia personal y por ésta viene determinada. De ahí la necesidad de hacer una historia de las entrañas de la historia, siendo ésta un relato de las pasiones del ser humano que le llevan a crear las condiciones de vida social que de hecho ha creado. Pero, al mismo tiempo que desentrañamos el pasado, investigamos acerca de los fondos humanos de los que surge la historia, los *ínferos*, para conocer las condiciones de posibilidad de un futuro más apto para una vida ética.

Por lo tanto, para superar la crisis histórica en la que se encuentra el hombre occidental, no sólo en la época de María Zambrano, sino quizá también en la que hoy nos encontramos, es preciso un conocimiento del tiempo, «pero el conocimiento del tiempo, el tiempo humano, no puede ser un conocimiento teórico, sino un saber tratar con él. En vez de estarle sometido, saber transitar por él, convertirlo en camino de libertad».<sup>39</sup>

En la persona humana aparecen unidos los tres momentos del tiempo: pasado, presente y futuro. La persona, con respecto al tiempo, «primero lo separa, lo constituye en pasado, aísla el presente y queda como vacía, disponible para que el futuro pueda penetrar»<sup>40</sup>. Tendemos a arrojar precipitadamente hacia el pasado lo que nos está pasando y, a veces arrojamos incluso lo que está por venir, quedando el pasado cristalizado y sin examinar de manera suficiente. Lo que Zambrano se propone es hacer una recuperación del pasado y traerlo al presente para poder examinarlo en su fluidez temporal, recordarlo o, incluso, revivirlo. El conocimiento histórico ha de recorrer lo vivido para revivirlo como experiencia y no como un conjunto de datos aprendidos.

El tiempo histórico se relaciona con la persona y su sociedad del siguiente modo: «el que haya historia depende de que al haber sociedad hay pasado y al ser el hombre

---

<sup>38</sup> C. Maillard, “La mujer y su obra”, p. 12.

<sup>39</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 115.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 164.

persona, hay futuro».<sup>41</sup> El conocimiento de esta realidad lo lleva a cabo la persona unificando en cierto modo esta heterogeneidad y fluidez, tendiendo a crear un tiempo circular, trayendo el futuro y el pasado a la presencia, haciéndolos presente, para extraer de ellos su verdad. Se crea un horizonte que da las claves del espacio y el tiempo en el cual, los acontecimientos, las situaciones, se ordenan y alcanzan un sentido.

El futuro es anticipación, es un abrir paso a algo desde el presente en un horizonte de sentido. Por esto el futuro se distingue del destino. El futuro es propio de aquel hombre o sociedad que vive la historia de un modo activo, aceptando su responsabilidad en ella y viviéndola moralmente. El destino es propio del hombre o sociedad que padece su historia, que vive como arrastrado por fuerzas extrañas que no sabe ni puede controlar, siendo una víctima de ella.

Todo lo que pasa en la historia de algún modo permanece y, para lograr librarnos de ello, hemos de comprenderlo y de asumirlo. Hemos de revivir el pasado para hacernos cargo de él y así proyectarnos hacia el futuro. Esto es lo que pretende en *Los intelectuales en el drama de España* según la presentación del libro, escrita cuarenta años más tarde. Según María Zambrano, el escrito es un testimonio más de la experiencia de un acontecimiento histórico determinado: la Guerra Civil española y «únicamente la experiencia histórica puede evitar la persistencia de la decretada ocultación. La experiencia que no desmitifica sino para extraer del mito su sentido. Y mítica es la guerra de España. Uno de los pocos mitos de esta época que no acaba de pasar, que no fluirá hasta que su verdad no se haga visible».<sup>42</sup>

El fin del conocimiento histórico es la reconciliación con el pasado, dejar que el pasado “pase” y permitir la liberación del mismo. Pero esto no se consigue con la mitificación y petrificación de los acontecimientos bajo un sentido construido por determinados historiadores, sino trayendo el pasado al presente mediante la revivificación de la experiencia, «extraer de la realidad relativa la verdad subsistente; de la mezclada sustancia la esencia indeleble, es la tarea de la experiencia».<sup>43</sup> Sólo en la experiencia es posible encontrar la verdad, la verdad viva del ser humano y de su historia, y esta experiencia no consiste en el pensamiento discursivo, sino en una especie de visión. Según la autora, el olvido de ciertos acontecimientos históricos no es en sí mismo un problema, el problema es, más bien, el enmascaramiento, la infidelidad con dichos acontecimientos.

---

<sup>41</sup> Ibid., p. 165.

<sup>42</sup> M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 81.

<sup>43</sup> Ibidem.

La experiencia cumplida o en vía de cumplirse lo es a la par de la vida y de la historia. Y si en ella se llegara alguna vez a la anulación de la historia, sería por haberla liberado de su esclavitud y de sus máscaras, por haberla desenmascarado. Una acción trascendente sería. Experiencia de verdad, conocimiento y acción que abre el acceso a una vida más alta, más diáfana, en la que el ver y el sentir se den lúcidamente. El pensamiento discursivo en un medio diáfano se abandona a la visión en la confianza de llegar a aquello que anhela desde su principio y que lo ha mantenido en su inmenso y lento caminar. Y la conciencia, que discierne para luego ir juntando minuciosamente lo que ha separado, se siente liberada cuando llega al simple ver.<sup>44</sup>

Para librarnos del peso de la historia es preciso revelarla en su verdad. Esta forma de ocultamiento ha sido muy común en la historia de España por lo que, como pueblo, tenemos por tarea ineludible liberar al pasado para poder construir un futuro. Como señala Zambrano en unas palabras cargadas de ironía: «y es que resulta muy difícil escamotear nada a la Historia. Hay que ver si nosotros los españoles, que tantas facultades tenemos para ese acrobático deporte, logramos hacerlo con gracia».<sup>45</sup>

### **3.3.- Historia de las entrañas de la historia**

María Zambrano dedica varias páginas en *Persona y democracia* a describir el proceso por el cual nace el absolutismo a partir de la pasión de ser, «la historia de las entrañas de la historia».<sup>46</sup> Pretende relatar la historia «de las acciones más íntimas, de los ensueños escondidos, que constituyen los acontecimientos históricos, un conocimiento purificador de las entrañas que engendran la historia»<sup>47</sup> y su mayor pecado: el absolutismo. Nos quiere dar un conocimiento que, a la vez que ponga de manifiesto los motivos profundos del surgimiento del absolutismo, nos dé las claves para prevenir su aparición.

Parte del «anhelo», la primera manifestación de la vida humana, que no necesariamente tiene un fin conocido, sino que es un «signo vacío. El hombre podría definirse [...] como el ser que alberga dentro de sí un vacío; el vacío sólo aparece en la vida humana».<sup>48</sup> El ser humano contiene en sí un vacío metafísico que le impulsa a ir

---

<sup>44</sup> Ibid., p. 85.

<sup>45</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit. p. 224.

<sup>46</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit. p.88.

<sup>47</sup> Ibidem.

<sup>48</sup> Ibid., p. 82.

más allá de la realidad que le rodea, siendo así un impulso esencialmente destructivo y que, por lo tanto, es preciso anular o al menos limitar para vivir moralmente.

Pero, yendo más allá, «el anhelo es la manifestación difusa, primaria, superficial de la esperanza, que es su foco, su hogar y su raíz última»<sup>49</sup>. La «esperanza» sí señala a algo, y es a la vez pasividad (puesto que consiste en una espera) y actividad (ya que tiende hacia aquello que se espera), es un íntimo movimiento hacia lo que se espera. La esperanza también se puede inhibir, en ese caso caemos en la desesperación y por tanto en la deshumanización. En la historia se han dado casos de regímenes políticos en los que se intenta agotar ese movimiento íntimo de las personas, por lo que se nos muestran carentes de sentido y se les califica como inhumanos, son como una pesadilla en la que la libertad queda anulada. Son regímenes en los que se cree que la historia se puede dar por terminada, que ya nada nuevo puede pasar, que el cambio no es posible. Pero la esperanza, al nacer de lo más profundo de nuestro ser, nunca puede ser totalmente eliminada, el ser humano siempre ha de tender hacia algo, por lo que el cambio y el movimiento nunca han podido ser desterrados de la historia.

En la esperanza se nos muestra un horizonte de sentido hacia el que tender, una tarea a realizar, el hombre posee una imagen de sí mismo y lucha por llevarla a término. Cuando se cae en la desesperanza todo horizonte aparece cerrado, y la imagen del hombre se muestra con una forma monstruosa.

Para avanzar desde la esperanza hay que «querer» y «para querer hay que estar despierto, tener conciencia, usarla, pensar».<sup>50</sup> Pero, ¿Es posible despertar completamente a la conciencia o es esto un sueño en sí mismo? En esta disposición al despertar se esconde un peligro, que no es otro que el absolutismo.

El hombre quiere conquistar su ser, el problema es que «no tiene límite en el poder como no tiene límite en el querer. Querer es querer algo que se ha soñado y que despierto se persigue; querer es soñar despierto y responsablemente. El ímpetu del poder hunde sus raíces en el sueño, en el sueño que es inicialmente el vivir del hombre».<sup>51</sup> Cuando llega al poder, para lograr lo que quiere moralmente, es preciso que el hombre esté despierto, que se haya deshecho de su «ensoñamiento». Tiene que ejercer el poder al mismo tiempo que se desprende de él, sin dejarse arrastrar por él. La persona que posee el poder, si no está plenamente despierta, corre el peligro de convertirse en personaje histórico.

---

<sup>49</sup> Ibid., p. 84.

<sup>50</sup> Ibid., p. 87.

<sup>51</sup> Ibid., p. 89.

El peligro consiste en que el ensoñamiento derive en un «endiosamiento».

El endiosamiento adviene cuando nos fijamos en este sueño, en una imagen de nosotros mismos que excede a los límites de la condición humana y de la nuestra en particular. Cuando queremos hacernos a imagen y semejanza de algo que anda espontáneamente en el corazón del hombre, una vida más que humana, una vida como se ha creído que era la de los dioses: sin responsabilidad, ilimitada en poder y albedrío, sin necesidad de justificación.

Y todo endiosamiento requiere una víctima y una complicidad. Nadie puede a solas endiosarse, o nadie se conforma con endiosarse a solas. Es un proceso esencialmente altruista; hace falta el otro o los otros: un individuo, un semejante, en ciertos amores; un pueblo entero cuando de historia se trata. El que se endiosa necesita verse y sentirse como un Dios para el otro, en el otro.<sup>52</sup>

Este es el proceso por el que en casi en todas las épocas y sociedades históricas se constituye un ídolo y una víctima o, más bien, muchas víctimas. Especialmente, Europa ha sido testigo de tal movimiento en los regímenes totalitarios de variado signo político que dominaron el continente en la primera mitad del siglo XX. Estos proliferan en épocas de crisis, como la surgida a principios del siglo pasado, por estar sumidas en una profunda fatiga, incertidumbre y desesperación.

Este es el, denominado por Zambrano, crimen de la historia. En periodos de endiosamiento la marcha histórica es crimen en sí misma. En estos momentos se anonada a la persona, no sólo a las víctimas, sino también el propio sujeto del endiosamiento que, al tratar de rebasar todo límite, desaparece en su forma personal. Proliferan además, por doquier, las víctimas voluntarias, aquellas que cometen un «suicidio de la peor clase; suicidarse como persona para seguir viviendo. Es el afán de vivir a toda costa, como si temiesen que vivir como ser humano ya no es posible y se dispusieran entonces a regresar al escalón más bajo de la escala de los seres».<sup>53</sup>

Cuando a posteriori tratamos de hacer un análisis comprensivo de lo sucedido en estos momentos, los hechos nos resultan absurdos, increíbles, y en esto radica el peligro de que vuelvan a suceder. En palabras de la autora:

Para comprender la historia en su totalidad, en su íntimo funcionamiento, hay que admitir lo increíble, hay que constatar lo absurdo y al menos registrarlo. Una de las debilidades del hombre europeo de finales y principios de siglo ha sido el no creer en el absurdo, en el horror, en

---

<sup>52</sup> Ibid., p. 91.

<sup>53</sup> Ibid., p. 94.

el crimen gratuito, en lo diabólico. El haber olvidado que ciertas cosas, ciertos horrores, habían sucedido entre nosotros no hacía tanto tiempo, y el no haber sospechado que podían suceder de nuevo bajo otra máscara, y por otros motivos, pues de ciertos horrores lo importante es que ocurran. Que el hombre, y el hombre civilizado, haya sido capaz de cometerlos; los motivos... se inventan.<sup>54</sup>

Por este motivo es necesario adentrarse en las profundidades del ser humano, en sus entrañas, para sacar a la luz todas sus posibilidades, no sólo lo utópico, como hicieron los pensadores ilustrados, sino también lo monstruoso. Es necesario tener consciencia de lo que hemos hecho, no borrarlo de la Historia oficial, para que sirva como ejemplo de lo que debemos evitar y prevenir.

También hace María Zambrano una reflexión acerca del concepto de «enajenación» que tantos ríos de tinta hizo correr en la época desde la cual escribe. «Estar enajenado, o alienado, es no reconocerse a sí mismo, no lograr ser fiel a la propia, esencial condición».<sup>55</sup> La enajenación económica denunciada por el marxismo, si bien existe, no es el modo esencial de la misma, puesto que, aún solucionando el problema económico (que bien lejos estaría de una solución), el ser humano seguiría estando enajenado en su ser íntimo, histórico. La relación económica no es causa, sino efecto, puesto que «el hombre vive espontáneamente enajenado en su historia no enteramente humanizada todavía».<sup>56</sup> La gran tarea del ser humano es la de humanizar su historia, hacerla suya y asumirla. La enajenación se da en todos los aspectos de la vida, y se hace patente de forma especial en el trato social, con el prójimo, y también en el trato del hombre consigo mismo.

El hombre, de manera individual, puede superar la enajenación mediante el pensamiento y la búsqueda de la verdad y el amor. Mientras la persona piensa, quedan suspendidas sus pasiones y dispone de su tiempo. Se convierte en unidad personal y se despoja del personaje. Pero ¿Es posible extrapolar esto mismo a la historia?, ¿es posible despojarse de los personajes y comenzar a ser personas? Y más importante aún ¿es posible querer de verdad sin caer en el absolutismo? Según la pensadora, podremos esquivar al absolutismo cuando la historia nos permita querer cosas, pero no de manera absoluta, «cuando la historia transcurra de tal manera que el hombre no pueda proyectar sobre ella ni siquiera la sombra de lo absoluto, que reside en su persona; cuando se haya

---

<sup>54</sup> Ibid., p. 95.

<sup>55</sup> Ibid., p. 98.

<sup>56</sup> Ibid., p. 100.

adentrado en su conciencia».<sup>57</sup> En esto consiste la humanización de la historia, y para ello es necesario el querer y el pensar, pero de un modo distinto a como lo hemos hecho hasta ahora.

El hombre ha de despojarse de su máscara, ha de dejar de ser personaje para ser persona moral. Y la historia ha de dejar de ser un lugar de sacrificio, hemos de dejar de padecer la historia pasivamente como hemos mostrado en el examen previo, para comenzar a hacer historia éticamente, como veremos más adelante.<sup>58</sup> «El absolutismo es nuestro gran pecado, porque en él, con él, negamos lo mismo que queremos: el que la persona humana se realice»<sup>59</sup>, pero hemos de aprender a hacerlo en una historia humanizada.

### **3.4.- El fin de la historia sacrificial**

Como ya apuntamos anteriormente, el pensamiento de María Zambrano, especialmente en lo que incumbe a sus planteamientos políticos, está determinado por un historicismo en donde su concepción del devenir histórico está teñida de consideraciones éticas y tiene como objetivo la emancipación política de la persona. Hasta el momento la historia de la humanidad se puede calificar como “historia sacrificial”, según la cual, como apuntamos en el capítulo anterior, las personas ejercen el papel de ídolos o de víctimas:

La contextura trágica de la historia habida hasta ahora proviene de que en toda sociedad, familia incluida, aun en la peculiar sociedad formada por dos que se aman, hay siempre como ley que sólo en ciertos niveles humanos no rige, un ídolo y una víctima. [...]

Ídolo es lo que exige se adorado o recibe adoración, es decir, absoluta entrega; absoluta mientras dura. Ídolo es lo que se alimenta de esa adoración o entrega sin medida y una vez que le falta, cae. Es una imagen desviada de lo divino, una usurpación. Toda persona convertida en ídolo aun a pesar suyo, vive en estado de fraude. Resulta extraño que hasta ahora sólo en algunos claros de la historia se haya vivido libre de esa tiranía.

¿Acaso los hombres huyen de la libertad tanto como la buscan? No hay palacio renacentista, ni castillo medieval, que no tenga la prisión bajo sus salones.<sup>60</sup>

---

<sup>57</sup> Ibid., p. 103.

<sup>58</sup> Véase capítulo 4.5. del presente trabajo.

<sup>59</sup> Ibid., p. 89.

<sup>60</sup> Ibid., p. 56.

Para el ser humano existen dos modos de estar en la historia: pasivamente, padeciéndola, dejándose arrastrar por su curso incuestionado, o activamente, aceptando la responsabilidad de saberse su único sujeto. El modo de estar pasivamente en la historia es el que determina que hasta el momento sólo haya habido “historia trágica” o “historia sacrificial”, en la cual «el hombre no pretendía “dirigir su historia”; no se hacía cuestión de ella sintiendo que en ella se jugaba algo decisivo de su ser. Aceptar la historia no era una cuestión moral: no era cuestión siquiera el aceptarla. Y no se escrutaba su sentido, como si se tratase de un drama del cual la condición humana es protagonista». <sup>61</sup>

Es preciso, por tanto, cambiar este modo de vivir en la historia para salir de la rueda de la historia sacrificial en la que hemos estado atrapados hasta ahora. Debemos atravesar este dintel de la historia para que la sociedad deje de constituirse según el esquema de la idolatría.

La historia trágica se mueve a través de personajes que son máscaras, que han de aceptar la máscara para actuar en ella como hacían los actores en la tragedia poética. El espectáculo del mundo en estos últimos tiempos deja ver, por la sola visión de máscaras que no necesitan ser nombradas, la textura extremadamente trágica de nuestra época. Estamos, sin duda, en el dintel, límite más allá del cual la tragedia no puede mantenerse. La historia ha de dejar de ser representación, figuración hecha por máscaras, para ir entrando en la fase humana, en la fase de historia hecha tan sólo por necesidad, sin ídolo y sin víctima, según el ritmo de la respiración. <sup>62</sup>

Estando en la historia activamente entramos en una nueva fase de la misma, en una historia en modo ético, pasamos de ser personajes movidos por un destino cuyos designios nos son ajenos, a convertirnos en personas activas, responsables de nuestro futuro.

Pero, ¿Cómo se da ese paso? Y, lo que es más importante, ¿estamos preparados para darlo? La clave para entrar en una ética de la historia y constituir una sociedad humanizada se da gracias a la comprensión, a la conciencia histórica. El hombre ha sido siempre un ser histórico, como ya dijera su maestro, Ortega y Gasset, pero no siempre ha sido consciente de ello. No en vano se conoce al siglo XIX como el siglo de la historia, en el que el hombre se hace consciente de que sus determinaciones, además de venir fijadas por la naturaleza, tienen una dimensión temporal, relativa y cambiante. «El

---

<sup>61</sup> Ibid., p. 23.

<sup>62</sup> Ibid., p. 59.

tener lo que se ha nombrado “conciencia histórica” es la característica del hombre de nuestros días». <sup>63</sup> Y es mediante esta conciencia cómo podremos atravesar el dintel que nos lleva hacia una sociedad humanizada, dejando atrás el sacrificio y la tragedia.

La llegada de esta conciencia histórica ha supuesto un despertar del ser humano, pero esto no significa que inmediatamente entremos en una nueva fase, sino que esta conciencia se ha de ir desarrollando, constituye una práctica, un hacer continuo en el que no se puede bajar la guardia ni dejarse llevar por la desesperación que produce el hecho de tener un futuro abierto ante nosotros, del cual somos únicos responsables. Hemos de tener en cuenta que «este instante, el primero del despertar, es el más cargado de peligro pues se pasa de sentir el peso del monstruo de la pesadilla al vacío. Es el instante de la perplejidad que antecede a la conciencia y la obliga a nacer. Y el de la confusión. Ya que nada azora tanto como encontrarse consigo mismo». <sup>64</sup>

Otra novedad que surge en la época contemporánea es que la historia ya no tiene como objeto a un pueblo o a una nación concreta, no es ya vertical, sino horizontal, abarca a todo el planeta. Nos encontramos en una comunidad global, por lo que nuestra historia se entiende también de modo universal. El mundo es hoy un sistema, «un género de unidad tal que se necesita contar con la totalidad para resolver los problemas que en cada país se presenten». <sup>65</sup> Y si esto era así hace sesenta años, cuando se escribieron estas líneas, tanto más lo es ahora, que vivimos en una comunidad globalizada en la que los Estados han perdido la mayor parte de su soberanía en favor de instituciones supranacionales con agendas más económicas que propiamente políticas. Vivimos en una comunidad donde cada acontecer tiene repercusión sobre el resto y, de esto es preciso hacerse cargo.

Zambrano califica su tiempo como una época de crisis, lo que también con toda razón podemos aplicar a la nuestra. En toda crisis se siente que algo muere, que todo lo que conocemos está a punto de desaparecer, es un momento de desorientación en el cual se pierde toda perspectiva. Y si bien esto puede ser cierto, la autora nos propone una nueva hipótesis, la de ver el momento de crisis no sólo como de destrucción, sino también como la posibilidad de un nuevo amanecer. «Los dos juntos: muerte y amanecer entremezclados son una crisis. Mas el amanecer es de mayor monta que la muerte en la historia humana, el amanecer de la condición humana que se anuncia una y otra vez y vuelve a aparecer tras de toda derrota. Pues la historia toda se diría que es una

---

<sup>63</sup> Ibid., p. 19.

<sup>64</sup> Ibid., p. 21.

<sup>65</sup> Ibid., p. 25.

especie de aurora reiterada pero no lograda, librada al futuro». <sup>66</sup> Pero como también advierte, «el alba es la hora más trágica del día, es el momento en que la claridad aparece como herida que se abre en la oscuridad, donde todo reposa. Es despertar y promesa que puede resultar incumplida». <sup>67</sup> Labor nuestra será, por lo tanto, llevarla a buen término.

Se ha repetido una y otra vez que la historia de la humanidad se ha revelado como una tragedia sin fin. Pero ¿en qué reside la tragicidad de la historia? Según Zambrano en que el ser humano, con respecto a su historia, se comporta como el protagonista de las tragedias griegas, actúa sin saber en primer término, sólo conoce padeciendo, el conocimiento de la realidad le llega a posteriori, cuando el momento de actuar ya ha pasado. La historia sucede en el tiempo, son acontecimientos que ocurren sin pausa ni sosiego, y el ser humano debe actuar en ella en las circunstancias que se le imponen, sin tener un conocimiento completo de las consecuencias de sus actos o de las implicaciones para él mismo o para su entorno social. Es este un pensamiento que muy bien expresa Hegel en el prefacio a sus *Principios de la filosofía de derecho*, «cuando la filosofía pinta con sus tonos grises, ya ha envejecido una figura de la vida que sus penumbras no pueden rejuvenecer, sino sólo conocer: el búho de Minerva sólo alza su vuelo en el ocaso». <sup>68</sup> Se trata del conocimiento que sólo se puede dar cuando el hecho ya está consumado.

Y ¿cómo luchar contra este destino del hombre? Sólo se puede vislumbrar un tipo de conocimiento en el que el ser humano dé cuenta del tiempo y del cambio, que a la vez también ponga un límite a la voluntad de hacer la historia, de querer fijarla en un punto estático que es imposible de alcanzar. El ser humano no puede escapar a su esencia temporal e histórica, pero puede aceptarla, asumirla y vivir con ella como su auténtica realidad. La solución, dice Zambrano, hay que buscarla en el conocimiento y también en la moral.

Mas este conocimiento es de los que se adquieren según la expresión de un trágico griego «padeciendo». Pues no es posible retroceder al no-ser, no le es posible al hombre sustraerse a la Némesis. La Némesis, diríamos nosotros, de ser. Y ser sujeto de engaño, de culpa, desdichas, indignancias en las que reside sin embrago lo propio del hombre, ya que ningún otro ser viviente las padece de esta forma. <sup>69</sup>

---

<sup>66</sup> Ibid., p. 41.

<sup>67</sup> Ibid., p. 47.

<sup>68</sup> W.F. Hegel, *Principios de la filosofía del derecho*, Edhasa, Barcelona, 1999, p. 63.

<sup>69</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 73.

El hombre ha de aceptar, pues, su propia condición de ignorancia e indigencia y afirmarse en ella. Hacerse cargo de sus límites para no se sentirse prisionero de los mismos y proyectar su libertad a partir de ellos. Como sigue:

Voluntad hecha explícita que fuerza la conciencia a asumir en una u otra forma la condición humana. Por ella y en ella el hombre occidental no vive simplemente su condición humana –indigencia, ignorancia y libertad- sino que la quiere: se afirma en ella, la hace suya. Asume lo que sin ella sería tan sólo un simple hecho, el de ser hombre. Mas el hombre como simple hecho no lo es todavía.<sup>70</sup>

Para humanizar la historia y la sociedad, el hombre ha de hacerse cargo de su propia humanidad y de lo que ésta implica. Hasta ahora no lo ha hecho, por lo que hemos caído una y otra vez en la trampa del absolutismo, en proyectar una idea falsa del hombre y querer adecuarnos a ella contra nuestra propia naturaleza.

Es preciso afinar nuestra conciencia histórica, adecuarla a la auténtica realidad que somos. La conciencia histórica engendra un horizonte, pero esto lo hace contando con el tiempo. En el tiempo va surgiendo a la conciencia atenta un horizonte en el cual los acontecimientos históricos se ordenan, toman su lugar adecuado y se hacen comprensibles. «Conocer la historia es tanto como ver en el tiempo. Y es preciso para ello que haya transcurrido cierto tiempo».<sup>71</sup>

El primer paso para la superación de la historia sacrificial es que el ser humano se identifique claramente para afirmarse después. Esta es la condición necesaria para entrar en una nueva fase de la historia en la que profundizaremos más adelante, la historia ética. Este nuevo escenario está poblado por un nuevo ser, la persona, que trasciende al individuo propio de la mentalidad racionalista moderna y que identificaremos en la cuarta parte del presente trabajo.

---

<sup>70</sup> Ibidem.

<sup>71</sup> Ibid., p. 79.

### 3.5.- Política conservadora y política revolucionaria

Por su relación con respecto a la vida y al tiempo, María Zambrano distingue dos modos de hacer política: la conservadora y la revolucionaria. Pero, vayamos por partes.

La vida es un trascender hacia algo más, algo que siempre está en movimiento y que es irreducible a ninguna realidad concreta. Es caducidad e indigencia, pues se dirige hacia la muerte, pero es en su indigencia en donde está el principio de su poder. Pues la vida exige apoderarse de aquello que le falta para mantenerse en su ser. Es exceso y trascendencia que busca incorporar en sí a lo ajeno. La vida tiende hacia el futuro, puesto «que la vida viene del futuro, que es futuro abriéndose paso, se manifiesta por ese esfuerzo continuo, por su difícil equilibrio y por su carácter de insinuación y ensayo».<sup>72</sup> Este es pues, el carácter del ser humano, un ser vivo con características especiales, que tiende hacia el futuro y hacia lo que está más allá de sí mismo, por su propia indigencia. Es cambio, movimiento constante y tendencia hacia el futuro. La naturaleza actúa según un plan determinado de antemano, pero el hombre, siendo un ser natural, se caracteriza por querer contrariar a sus designios. Es, como dice la autora, «el heterodoxo cósmico».<sup>73</sup> Busca humanizar la naturaleza para que responda a su voluntad vital.

La política es ante todo una actividad, y consiste en el modo en que el ser humano reforma la vida para adecuarla a su voluntad. Mediante la acción política el hombre reforma su realidad, que es esencialmente histórica como venimos anunciando, para ponerla a su servicio. La política parte de una concepción del hombre y de su lugar en el mundo, pero tiene la vista puesta más allá de su realidad, puesto que «la política, como voluntad de reforma que es, se encuentra siempre vinculada en su esencia espiritual a una proposición de sentido absoluto, a un dogma que le ofrece dirección y meta».<sup>74</sup>

Siendo la vida movimiento constante, y la política la actividad mediante la cual el hombre reforma su mundo, existen dos enfoques en la política: la estática, que pretende paralizar el curso de la vida humana estableciendo unas leyes que se consideran permanentemente válidas, y la dinámica, que acepta el continuo devenir de la vida y el cambio en la historia y busca adecuarse a ellas.

---

<sup>72</sup> Ibid., p. 146.

<sup>73</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p. 205.

<sup>74</sup> Ibid., p. 206.

La política conservadora mantiene un enfoque estático y está asentada sobre concepciones racionalistas y religiosas que creen descubiertos para siempre los principios de la realidad social. Se dedica a conservar lo que ya existe y entiende el movimiento en términos de degradación. Pueden tener apariencia revolucionaria en los movimientos de restauración, cuando tratan de recuperar un régimen perfecto que consideran perdido.

El conservadurismo político toma su modelo científico de la física y sueña con convertir la historia humana en historia natural. Sus regímenes políticos son construidos bajo un orden arquitectónico, en donde se cimientan firmemente unos ideales y principios incuestionables de los que lógicamente se deriven una serie de leyes y corolarios de una consistencia maciza, ordenada y duradera. Este tipo de política es, por tanto, hija del racionalismo, que comienza en la filosofía platónica y alcanza su máximo apogeo durante la modernidad. Trata de fijar la vida en ideas y conceptos inteligibles para la razón, y si la vida no se ajusta a las mismas, se la obliga.

A la vez que político, es conservadurismo cognoscitivo, «nada, pues, resta por saber ni averiguar, y sólo será posible recopilar y ordenar: obra lógica y nunca creadora. Colocar en orden estricto los diversos elementos del saber, formando un magnífico edificio coronado por la fe»<sup>75</sup>, y conservadurismo histórico, ya que «nada nuevo es posible, cualquier forma es desorden, pecado, degradación».<sup>76</sup>

Se puede ser conservador en base a varios fundamentos: el misticismo, que consiste en una desvalorización de los asuntos terrenos y una pereza producida por el desprecio de la vida exterior; el egoísmo, por parte de los que disfrutan de las mejores condiciones en una sociedad a costa de otros desfavorecidos; y el pesimismo, considerando a la vida como fuente de dolor y a la política como un problema irresoluble.

El absolutismo, el mayor pecado del hombre occidental, descansa sobre esta concepción conservadora de la política puesto que niega el dinamismo de la vida y de la historia. El absolutismo es el intento político de situar al hombre y a la sociedad por encima del tiempo, el mayor enemigo a batir por la razón moderna. «La razón situaba sus verdades más allá del tiempo, y la religión en la eternidad. Y de las dos cosas habría de nutrirse el sueño del absolutismo: construir no fuera del tiempo, sino sobre el tiempo».<sup>77</sup>

---

<sup>75</sup> Ibid., p. 216.

<sup>76</sup> Ibidem.

<sup>77</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p.114.

Por su parte, el enfoque dinámico da lugar a políticas revolucionarias, entendiendo por esto, no las ideologías que reclaman la necesidad de una revolución real, sino «cualquier política que admita la necesidad del cambio perenne, la transitoriedad de las formas políticas, su accidentalidad».<sup>78</sup> Este enfoque sigue el modelo de la biología evolucionista, que reconoce el cambio y la transitoriedad de las formas como ley. El pensamiento revolucionario, en todas sus posibles modalidades, es aquel que admite la legitimidad del cambio, y no el que llama a la revolución real. Es más, muchas revoluciones históricas se han realizado en nombre de tendencias conservadoras, sin ir más lejos la revolución comunista rusa, uno de los mayores exponentes del estatismo y heredera directa del racionalismo moderno.

Se pueden apoyar las tendencias revolucionarias en varias posiciones objetivas, como dice María Zambrano. La primera de ellas es el optimismo vital, puesto que el revolucionario se deja guiar por su fe en la vida y en su esencia dinámica y cambiante. Este optimismo vital, que es fundamentalmente moral, lleva consigo un cierto pesimismo cognoscitivo, una desconfianza en la razón que no pasa de ser un simple instrumento puesto a disposición de intereses vitales, y de eficacia más bien discreta. En cambio «la intuición es el arma [...] del político revolucionario. Con ella sabrá dar cuenta de la palpitación del tiempo, de las exigencias y cambios que cada hora trae consigo, de los diferentes problemas, con micrométrica exactitud, con acelerada rapidez».<sup>79</sup> Al pesimismo cognoscitivo contraponen un optimismo moral que cree a la vida buena de por sí y superior al individuo que, voluntariamente, se puede llegar a sacrificar por ella.

Por otro lado, se advierte esta tendencia revolucionaria en el progresismo del siglo XIX, que también considera el cambio y la evolución como esencial al ser humano. Es la ideología del *récord*, del ir siempre más allá superando todo límite. De origen racionalista, tuvo sus máximos logros en el progreso científico-técnico, pero fue prácticamente estéril en lo que a progreso moral y humano se refiere. Sin embargo, en su dimensión política, el liberalismo, supuso un gran paso hacia la democratización de la cultura, y esto es algo que María Zambrano valora positivamente, no como un logro ya acabado, sino como el inicio de una tarea que todavía tenemos por delante. Son revoluciones «que afirman con hiriente y cruento gesto que la vieja y noble arma aún tiene batallas que ganar, grandes hazañas que realizar. Y, por tanto, será preciso

---

<sup>78</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p.219.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 226.

examinar su resistencia, su flexibilidad y su eficacia. Y si hallamos, como será fácil, la herrumbre del tiempo y la mella de los golpes, habrá que pensar en una nueva forja que la haga apta para nuevos combates».<sup>80</sup>

En suma, María Zambrano, a pesar de las duras críticas a las que somete al liberalismo moderno, como ya hemos visto, y más nos queda por ver, parte de los logros del mismo y se propone examinar sus presupuestos para ver si en ellos puede hallar las claves para la construcción de la tan ansiada sociedad humanizada en la que la persona pueda encontrar su hogar, su medio adecuado. El liberalismo y el optimismo vital que promueve, tienen su base en una concepción dinámica y revolucionaria de la política que respeta la auténtica realidad de la vida humana. Por eso, para su proyecto afirmará: «Nosotros tenemos fe en una política que ame tanto la vida, que se encuentre con elasticidad bastante para correr tras ella, no para apresarla, sí para que la unión perdure. Es la que esperamos, la que será auténticamente el instrumento de nuestra época... si es que “nuestra época” va a ser una realidad».<sup>81</sup>

### **3.6.- Reflexiones acerca de la historia de España**

El desarrollo intelectual de María Zambrano viene, sin duda, marcado por los acontecimientos históricos que le toca vivir. Durante su juventud por la dictadura del General Primo de Rivera y el advenimiento de la II República, con la que se comprometió activamente como relata en su autobiográfica obra *Delirio y destino (Los veinte años de una española)*, el levantamiento militar, la posterior Guerra Civil y la dictadura franquista, que la mantuvo en el exilio durante buena parte de su vida.

El veredicto de Zambrano sobre el origen de los trágicos acontecimientos que asolaron España durante casi todo el siglo XX, tal como extraemos de su obra recopilatoria *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, es que el país ya era una nación desgarrada desde mucho antes de la guerra, y esto por varias razones, entre las que cabe destacar las cuatro siguientes: la vuelta de espaldas del pueblo español con respecto a su propia historia, el alejamiento intelectual con respecto a Europa, la escisión interna entre lo que llama la España oficial y la España

---

<sup>80</sup> Ibid., p. 230.

<sup>81</sup> Ibid., p. 208-209.

popular y la segregación de los intelectuales con respecto al pueblo. Vayamos por partes.

Como ya establecimos anteriormente<sup>82</sup>, el fin fundamental del conocimiento histórico consiste en liberar a los pueblos del peso de su historia, se trata de desenmascarar a los fantasmas del pasado y traerlos al presente mediante la revivificación de la experiencia. Hemos de conocer las profundidades de nuestra historia pasada para poder liberarnos de ella, no mediante la negación, sino mediante la comprensión, y poder así construir un futuro como pueblo con un sustrato cultural firme. De hecho, buena parte de los demás países europeos tenían clarificada su historia en ideas o conceptos que les daban una tradición fuerte sobre la que asentarse.

Pero para los españoles su historia es puro problema. Según Zambrano «nos hicieron un pasado de pesadilla, que pesaba sobre cada español aplastándole, inutilizándole, haciéndole vivir en perpetuo terror»<sup>83</sup> y es este un pasado que quedó petrificado e inmodificable a los ojos de los españoles. De aquí nace una cierta rebeldía del español ante su historia y sus tradiciones, querían liberarse de la pesadilla, y lo lograron mediante el olvido. Pero en este sentido «se confundió en la arremetida al fantasma de la historia con la historia misma, y se creó que podríamos vivir sin ella. Y el español entonces, por librarse del fantasma, se queda en el desierto, que tampoco es la vida».<sup>84</sup> Pues un pueblo ha de apoyarse en un pasado para, desde ahí, proyectarse hacia un mañana más libre y humano.<sup>85</sup>

El segundo problema de España es su distanciamiento intelectual con respecto al resto de Europa. Mientras en el resto del continente triunfan corrientes idealistas que tratan de apresar la vida en conceptos e ideas que proporcionan certidumbre, seguridad y coherencia a su pensamiento sus tradiciones, España adolece de un espíritu profundamente ateórico, pero firmemente anclado en la realidad, en la materia. No hemos participado en los profundos cambios de mentalidad histórica como el Renacimiento, la Reforma, o el Romanticismo; apenas hemos intervenido en las grandes creaciones científicas o filosóficas, ni hemos vivido las apasionadas revoluciones ilustradas.

---

<sup>82</sup> Véase capítulo 3.2 del presente trabajo.

<sup>83</sup> M. Zambrano, “El español y su tradición” en *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 140.

<sup>84</sup> *Ibidem*.

<sup>85</sup> La superación efectiva de la historia sacrificial no consiste en su negación, sino en su reconocimiento, para, a partir de éste, dar comienzo a una nueva fase: la historia ética. Ver capítulo 4.5. del presente trabajo.

Pero si bien el idealismo europeo constituye una postura cómoda ante una realidad incierta, fue también lo que desencadenó la aparición del fascismo. El idealismo, al no reconocer la realidad, sin por eso poder sustraerse a ella, deriva en una enemistad con la vida, en una profunda insatisfacción contra una realidad que se resiste a corresponderse con el sistema ideal perfecto que hemos creado. Y la respuesta a esta impotencia es la pura destrucción.

Pero, siendo España fundamentalmente antiidealista, ¿cómo es posible que el fascismo triunfara del modo en que lo hizo en nuestro país? Según Zambrano, el fascismo fue una ideología importada de Europa por ciertas clases de españoles, que lo utilizaron para conservar sus privilegios. Como denuncia la autora, «catástrofe sin precedentes, porque sin precedentes es el hecho de que un grupo de ciudadanos de un país se ponga en connivencia con otros países, con la codicia y la ambición de otros países, para que invadan el propio con tal de tomar el poder».<sup>86</sup> El fascismo traicionó por completo a la esencia del pueblo español, puesto que le impuso un corsé teórico, el idealista, al que jamás pudo ajustarse. La España fascista, según Zambrano, fue la España oficial, la de los señoritos. Pretendieron imponer al pueblo español una ideología ajena, europea, en función de sus propios intereses de clase. Como dice la autora «en realidad, estos “nacionalistas” se avergonzaban íntimamente de ser españoles, porque en España no había esa exhibición lujosa de fuerza y violencia que era el fascismo. Antes que españoles eran... fascistas y su pertenencia a España estaba condicionada».<sup>87</sup>

Y con esto entramos de lleno en el tercer problema que aqueja a nuestro país, y es la escisión interna entre lo que se conoce como la España oficial de la popular. Y es que son los representantes contemporáneos de esa España oficial los que se unen a las filas del franquismo e importan el fascismo europeo para enmascarar la protección de sus históricos privilegios ante el pueblo.

La unidad de la España oficial con el pueblo se rompe cuando se constituye el Estado durante el Renacimiento, una época de esplendor temprano que constituye a la vez una desdicha. Pues este pasado glorioso ha pesado inmensamente sobre la historia posterior de España, que ha querido mantener su figura, incluso cuando los cimientos desaparecen. El dogma de la España oficial, una, católica, y defensora de la fe, permanece, pero en una esfera totalmente alejada del pueblo, que vive una vida en todo

---

<sup>86</sup> M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 117.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 119.

diversa. Mientras unos proclaman ideales inmortales, el pueblo sigue anclado a la materialidad de la tierra y a la particularidad de lo humano. El pueblo español es aquel que aparece reflejado en las novelas de Cervantes o Galdós.

Por último, y debido en parte a este rebelde ateoricismo español, se produce una profunda brecha entre los intelectuales y el pueblo. Como dice la autora:

El intelectual, por muy español que sea, tiende a vivir en lo abstracto, a aislarse del mundo. Y lo característico de la sociedad española era su falta de consistencia; el elemento popular, el más positivo y real de todos, estaba desde hacía siglos retirado en sí mismo; no había la necesaria comunicación entre el intelectual y este elemento popular vivificador y orientador. El pueblo llevaba su vida al margen de todo, acompañándose a sí mismo, alimentándose de su propio ingenio y de sus perennes tradiciones.<sup>88</sup>

Así, durante el terror de la Guerra Civil, denuncia Zambrano, mientras muchos intelectuales dejaron de lado temporalmente su condición para ser hombres y unirse al pueblo en lucha, hubo otros, los llamados “neutrales” que se escondieron de la tarea histórica que les tocaba vivir.

De cualquier modo, María Zambrano se posicionó claramente en esta cuestión. Según ella, en la lucha cada cual debe estar en la trinchera que le corresponde, el intelectual desde la propia, usando la palabra y la inteligencia para abanderar su causa, pero siempre al lado del pueblo. Debería de haber una reconciliación entre la intelectualidad española combativa, que debe militar con sus propias armas para dar voz al pueblo. De hecho, desde el momento en el que escribe en los inicios de la Guerra Civil española, dice: «Van a ser necesarios los intelectuales, va a ser necesaria la inteligencia en toda su fuerza y vamos a poder hablar»<sup>89</sup>, que interpretamos como un modo de convocar a los intelectuales para que, en unión con el pueblo, se comprometan activamente y sean la vanguardia de la resistencia contra el fascismo.

En las permanentes alusiones que María Zambrano hace en su obra política al pueblo español, resalta sus peculiaridades culturales como rasgos positivos para la tarea política que se propone. Su materialismo, su realismo, su indolencia ante la rigidez del idealismo, son cualidades necesarias para llevar a cabo una política auténticamente revolucionaria.<sup>90</sup> Pero la asistencia de los intelectuales se hace también necesaria para elaborar un proyecto, para lograr una reconciliación efectiva con la historia pasada, para

---

<sup>88</sup> Ibid., p. 105.

<sup>89</sup> Ibid., p. 116.

<sup>90</sup> Véase capítulo 3.5. del presente trabajo.

comprender adecuadamente las propias tradiciones y partir hacia un futuro humanizado en España. Un país que sea reflejo de su pueblo con lo que de positivo tiene. Las funciones que asigna a pueblo e intelectuales en la sociedad humanizada que propone, serán el tema de la última parte de este estudio.

## 4.- INDIVIDUO Y PERSONA

### 4.1.- El nacimiento del individuo

El supremo valor del individuo y su libertad es la tesis fundamental del liberalismo moderno, ideología con plena vigencia en la época de María Zambrano, y más en el momento en el que hoy nos encontramos. Hoy, el liberalismo económico o neoliberalismo, constituye el “pensamiento único” en un mundo globalizado puesto al servicio de Occidente. Después de la caída de los regímenes socialistas del bloque soviético, y de la condición del “tercer mundo”<sup>91</sup> como países dependientes y sometidos al imperialismo de las naciones ricas, estamos en presencia de un mundo único, que si bien está cada vez más polarizado económica y socialmente, no lo está en absoluto en cuestiones políticas. Quizás una de las sentencias que más explícitamente definen esta ideología liberal individualista sea la pronunciada por la primera ministra británica Margaret Thatcher en los años ochenta, y que hoy suscriben casi todos los dirigentes mundiales: «la sociedad no existe, sólo existen los individuos».

El liberalismo constituye la forma política propia del racionalismo moderno. El racionalismo, ante al callejón sin salida en el que se encontraba el hombre en los últimos siglos de la Edad Media, trata de refundar la vida sobre nuevos principios, pero lo hizo cortando las amarras con todo lo terrenal y lo divino, la montó en el aire, fría y pura. Es una ideología aristocrática, pero no de una clase, sino aristocrática del hombre como un ser autosuficiente, que no necesita más fundamentos que la pura razón.

Así, el racionalismo ignoró el ámbito de la necesidad, el hecho de la que vida no se basta a sí misma, sino que depende de la tierra. E igualmente puso al propio individuo como fin en sí mismo, sin referencia a ninguna trascendencia que guiase su camino en esa tierra. Se constituyó como un empeño de liberar al ser humano de la esclavitud con respecto al mundo, las pasiones y la fe, olvidando que tal vez éstas fueran parte esencial de la vida del hombre y las que, a la vez que suponen una sujeción para él, sean las que permitan la apertura al ámbito de la libertad propiamente humana.

De este modo el liberalismo logró, efectivamente, la liberación de la necesidad, pero sólo para algunos, los ricos y poderosos. Veamos cómo:

---

<sup>91</sup> El término “Tercer mundo” se acuñó en los años cincuenta para denominar a aquellos países, en su mayoría sudamericanos, africanos y asiáticos, que no se hallaban políticamente alineados en ninguno de los dos bloques hegemónicos, el capitalismo occidental o el socialismo soviético, constituyendo así una tercera vía de desarrollo económico, social y político.

El liberalismo es un desafío, un reto a la necesidad; a todas las fuerzas gravitatorias que empujan al hombre hacia las bajas zonas del universo. Es el empeño que el hombre pone en superar toda esclavitud, en ser hombre sólo; es decir, árbitro, señor de sí mismo y de la vida, y, sin embargo, esforzado. [...]

De tan aristocrática esencia, era prematuro. Se había ido demasiado lejos en la privilegiada vanguardia –mientras la inmensa retaguardia seguía pegada a la tierra-. Y entonces surgió el drama, el conflicto, por entonces irresoluble. [...] Y sucedió lo que en todas las contradicciones insuperables; que sólo tienen solución por la violencia, mutilando, sacrificando. [...]

Se dividió a la humanidad, por no perder la conquista. Unos perseguirían la superación, el *récord*; otros pagarían por ellos el tributo de la necesidad. Unos afán heroico; otros, trabajoso esfuerzo sin horizontes.

Y ya tenemos otra vez la contradicción. El liberalismo se asienta sobre la esclavitud, y sólo sobre ella puede alcanzar su perfección.<sup>92</sup>

Así, tenemos a un liberalismo de grandes ideales que se olvida de que el hombre no es un ser que vive sólo de ideas, sino que es un ser indigente, que necesita de la tierra y el trabajo. El liberalismo pretende la liberación del individuo de todas sus esclavitudes, lo cual es imposible. La contradicción se resuelve con la emancipación de algunos individuos a costa de la esclavización de las grandes masas. Lo que queda del lema ilustrado “libertad, igualdad, fraternidad” es el sometimiento, el sacrificio, de los dos últimos a favor del primero y sólo para unos pocos.

Supone el liberalismo una sobrevaloración del individuo por encima de cualquier posible entidad supraindividual. La sociedad es entendida como algo derivativo, un compuesto de individuos, que son previos en el orden temporal, y prioritarios en el orden moral. Es lo que subyace en uno de los padres del liberalismo moderno, Jean Jacques Rousseau, y en los demás teóricos del contrato social: la sociedad nace de un pacto entre los individuos. Pero María Zambrano advierte el error de este planteamiento, ya que confunde el futuro, el proyecto, con el origen.

Sin darse cuenta aún, el revolucionario occidental quería fundar y legitimar ese «nuevo mundo» que propone en el pasado, en un pasado perdido. Diríase que la imagen del Paraíso Perdido o de la Edad de Oro actúa como un imán escondido que atrae el pensamiento. Por otra parte, la lógica ejerce su imperio en esa necedad de fundarlo todo desde un principio. Y tal vez sea

---

<sup>92</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p. 234-235.

que todo en la vida humana está fundado desde un principio; mas en el tiempo nuestro no podemos hacer descansar el futuro sobre el pasado conocido.<sup>93</sup>

Zambrano denuncia aquí la confusión, en el pensamiento liberal, entre el postulado del supremo valor del individuo con la prioridad de su aparición en la historia respecto del “agregado social”. En este error subyace la tendencia de la lógica a fundarlo todo en un principio, pero hay que saber distinguir entre el principio en el orden lógico, y el principio en el orden temporal.

De hecho, la autora reclama que, en todo caso, la prioridad temporal es de la sociedad, siendo el individuo, tal y como hoy lo concebimos, producto de un determinado contexto histórico. El individuo aparece por primera vez en la polis griega. Se trata de un individuo que ejerce una función en la sociedad de la que surge, la función de ciudadano, de político que participa en el destino de la patria. Por primera vez en la historia surge un grupo de hombres iguales entre sí, y libres en tanto que forman parte de una determinada clase social que no está sujeta a obligaciones familiares y económicas: varón, libre y económicamente pudiente. Individuo y clase social son, por tanto, coetáneos, surgen en el mismo contexto histórico de la polis griega, de la democracia.

La democracia es el régimen político en el que se abre el espacio de la discusión y libre expresión del pensamiento mediante la palabra. Es un espacio propiamente humano, en el que el hombre en su función de ciudadano discute y decide acerca de su futuro sin contar con la providencia divina. Por consiguiente, el individuo no es una realidad que existe desde siempre, sino que nace y florece en un determinado tipo de sociedad, la sociedad igualitaria que constituye un espacio homogéneo, abstracto y racional donde el hombre es el valor supremo. Aquí es donde «el hombre se ha revelado como sujeto de la historia; como unidad constitutiva de la sociedad; como “medida”». <sup>94</sup>

El individuo, tal y como lo entiende el liberalismo actual, es un producto que aparece por primera vez en el contexto de la polis griega, y es también en este momento donde aparece la característica fundamental de la persona, la conciencia, en la figura del filósofo Sócrates, que inaugura una nueva actitud humana radicalmente moral. «Lo decisivo es que se trataba de un nuevo modo de vivir que exigía, ante todo, darse cuenta

---

<sup>93</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 128.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 136.

de sí mismo, en quien se convertía a ella. Y quien empieza pidiendo cuentas a sí mismo, las pide ya implícitamente a los demás; a todos los demás».<sup>95</sup>

Por lo tanto, en lo que al orden temporal se refiere, el quehacer político precede a la conciencia, la permite y la impulsa. De ahí el simbolismo de la muerte de Sócrates, que prefiere la muerte antes que ser expulsado de una ciudad que le permite ser quien es, que determina su conciencia. También es ésta la naturaleza de la libertad en Grecia, dado que la entienden como algo que se abre dentro de la ciudad y sólo tiene sentido en ella. Es una libertad que parte de una situación dada, que exige un suelo, un fundamento para existir, al contrario que la libertad moderna, que exige precisamente la ausencia de toda sujeción terrenal.

El ser humano, a diferencia del resto de las criaturas, posee una interioridad, un “dentro”, una soledad en la que puede refugiarse, ensimismarse. Si bien este tipo de soledad puede entenderse como antisocial o ahistórica, puesto que abre dentro de la conciencia un tiempo propio de cada hombre en el cual se separa de lo que le es externo, el hecho de que se manifieste depende del tipo de sociedad en la que viva el hombre. Esta conciencia sólo ha podido surgir en el contexto de la polis y después en el Cristianismo, según la autora.

Entrar en esta soledad es disponer del propio tiempo, alejarse de la vida histórica y social, que es el tiempo de todos. Esto le abre al hombre un ámbito de libertad que le diferencia del resto de los animales, que son “proletarios de su vida”. Según Zambrano, los hombres que vivían en formas primarias de civilización no gozaban de este tiempo de soledad que se da en la conciencia y que permite la existencia del individuo. El pensamiento filosófico surge de esta conciencia, de modo que democracia, individuo, conciencia y filosofía nacen al tiempo, abriendo el mismo camino en compañía.

El tiempo de soledad que abre la conciencia en la Atenas clásica era un lujo sólo permitido a algunos, a las clases privilegiadas, que disponen de ese tiempo de ocio robado al tiempo del trabajo, relegado a otras personas. Este privilegio se va extendiendo durante el helenismo, época en la cual surge la creencia en la unidad del género humano en su totalidad. Más tarde recogerá esta idea el Cristianismo primitivo y eclosionará siglos más tarde en la Modernidad, con el surgimiento y triunfo del liberalismo político que afirma, como verdad autoevidente, la igualdad y libertad de todo ser humano en virtud de su alma racional; aunque lejos estuvo de llevarlo a la práctica.

---

<sup>95</sup> Ibid., p.139.

Pero esta soledad de la que nace el pensamiento no es precisamente autoindulgente, sino que plantea dudas, perplejidad y angustia. La conciencia histórica trae consigo el sentido de responsabilidad histórica, el saber que lo que se hace en la historia tiene un peso y no está predeterminado. Es la soledad de quien no puede reclamar ayuda a dioses ni al destino, sino que tiene un futuro abierto ante él, del que es el único y último responsable.

#### **4.2.- Liberalismo tradicional y *Nuevo liberalismo***

En el tiempo de María Zambrano, especialmente en 1930, año en el que escribe *Horizonte del liberalismo*<sup>96</sup>, esta ideología estaba en crisis en Europa, ahogada por los totalitarismos que desde diversas vertientes, el comunismo y el fascismo fundamentalmente, se habían hecho con la hegemonía política e ideológica en el viejo continente. Como recoge en este libro, existía la opinión generalizada de que la hora del liberalismo había acabado, y la autora se propone examinar los restos del mismo para salvar lo que de positivo pudiera hallar en sus fundamentos. Hoy vemos, como ella misma vio en sus obras posteriores, que tal sospecha no se realizó, que el liberalismo siguió su andadura en Occidente, aunque quizás no en la vertiente y forma que la pensadora hubiese querido.

En cualquier caso, y como queriendo salvar los restos de una nave que se hunde, María Zambrano en *Horizonte del liberalismo* hace examen de esta teoría en relación a tres problemas fundamentales, la ética, la religión y el problema social, para ver si puede encauzar una nueva forma de entender el liberalismo como instrumento político en el bosquejo de una verdadera y futura sociedad humanizada. De la crítica al liberalismo tradicional surge lo que la autora propone como posibles soluciones para el esbozo de un nuevo liberalismo.

En primer lugar examinaremos las relaciones entre liberalismo y ética. El liberalismo es fundamentalmente un humanismo, por lo que el fundamento de la moral

---

<sup>96</sup> Esta obra, publicada en 1930, aparece en un primer momento con hasta tres títulos diferentes, como señala Jesús Moreno Sanz en su prólogo. *Nuevo Liberalismo*, según la portada, *Horizonte del Liberalismo*, en la cubierta y *Horizontes de un nuevo Liberalismo*, en la publicidad que de él hizo el editor. En él, se propone Zambrano, una doble tarea: por un lado realizar una crítica al liberalismo tradicional; y por otro lado una tarea reconstructiva, en la que expone las bases de una nueva forma de concebir el liberalismo, un *Nuevo Liberalismo*, si bien éste es más bien un bosquejo que una definición exhaustiva.

ha de estar en un ámbito puramente terrenal y vital. Trata de humanizar la moral «relegando, más que por verdadera creencia, por exigencia lógica con su punto de partida, toda revelación, toda moral religiosa, todo imperativo basado en el más allá».<sup>97</sup> Esto no significa que el liberalismo sea antirreligioso o conduzca inexorablemente al ateísmo, sino que, aunque exista la fe, ésta no es, ni puede ser, el fundamento de la moralidad. Es decir, supone un desplazamiento del eje de la ética, que pasa de ser Dios, a ser el hombre y su razón, sin que el primero desaparezca necesariamente del esquema.

Supone también el humanismo liberal una emancipación con respecto a la providencia divina. El ser humano ahora camina solo y es el único sujeto de su historia.

El paradigma de este nuevo modo de entender la ética no puede ser otro que Kant con su moral autónoma y formal, que no sólo corta amarras con lo divino, sino que también las corta con algo fundamental en el ser humano: el sentimiento, la pasión y el instinto. «Lo que tenemos que sacrificar de nuestro ser en aras de la ética liberal es, por lo pronto, todo apetecer, todo ansiar, todo amar... los instintos, las emociones, las pasiones. Hay que dejar sólo la voluntad, decretando inflexibles normas. Normas vacías, formales; vasos transparentes de los que se vertió el licor de la esperanza y en el que se prohíbe –bajo pena- verter otro».<sup>98</sup>

Es la moral kantiana la ética deontológica del deber, una ética de fundamentos únicamente humanos, pero en la que ningún hombre de carne y hueso se puede reconocer. La pretensión liberal de crear un producto en principio democrático se convierte, en la práctica, en una moral de minorías, como ocurrirá en el resto de los ámbitos (económico, cultural, político, artístico, etc.).

Moral de “élite”, de ella quedan al margen todos los conflictos del vivir de cada día, todos los anhelos que mueven en cada hora nuestro corazón y ese último anhelo del destino individual, de la salvación del individuo mortal. ¡Tan individualista, tan humano el liberalismo, creó un producto ético ajeno a toda vibración individual!<sup>99</sup>

Clama María Zambrano por la atención al hombre de carne y hueso, como también hiciera Unamuno.

El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere -sobre todo muere-, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el

<sup>97</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p. 239.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 243.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p.241.

verdadero hermano. Porque hay otra cosa, que llaman también hombre, y es el sujeto de no pocas divagaciones más o menos científicas. Y es el bípedo implume de la leyenda, el *zoon politikon* de Aristóteles, el contratante social de Rousseau, el homo oeconomicus de los manchesterianos, el homo sapiens de Linneo o, si se quiere, el mamífero vertical. Un hombre que no es de aquí o de allí ni de esta época o de la otra, que no tiene ni sexo ni patria, una idea, en fin. Es decir, un no hombre.<sup>100</sup>

La paradoja de este tipo de pensamiento es que para afirmar el supremo valor de la vida humana, la niega en su realidad actual. Nos propone una vida ejemplar, una promesa de felicidad en un más allá, pero para conseguirla el hombre ha de renunciar a su felicidad actual en este mundo. Para nuestra autora, el error del liberalismo en lo que a moral se refiere, radica en que ha cortado amarras no sólo con el ámbito suprahumano, el ámbito de la fe, sino que lo más grave es haber cortado con lo “infrahumano” con lo subconsciente, los apetitos, las pasiones, el amor. El liberalismo, firmemente asentado en el racionalismo moderno, llenó al hombre de fe en sí mismo y en sus posibilidades, pero al mismo tiempo «le separó de la placenta en que se asentaba en el universo. Rompió su unidad, su solidaridad cósmica y vital, que sólo el instinto o el amor proporciona».<sup>101</sup>

La tarea del nuevo liberalismo que María Zambrano propone será la de una reformulación de la ética en clave realmente humana, que tome al hombre de carne y hueso en todas sus dimensiones, la racional, por supuesto, y también postula un retorno a la fe y el reconocimiento de la legitimidad del instinto y la pasión, el reconocimiento de que la razón es una parte de la esencia el hombre, pero ésta también admite dentro de sí a lo irracional.

Cuando la autora habla del retorno a la fe, no propugna una vuelta al dogmatismo medieval que aprisiona a la razón, sino la asunción de una fe que la complementa y la expande. Por eso, en segundo lugar, trata las relaciones que el liberalismo tradicional ha mantenido con la religión a lo largo de su historia.

Zambrano entiende el choque entre liberalismo y religión como un problema de límites y no de contenidos. Chocan los dogmas de la libertad y la humanización contra los dogmas de la providencia y de la divinización de la vida. De este modo la autora combate la idea del necesario dogmatismo de la fe religiosa y la concepción del liberalismo como un tipo de pensamiento naturalmente antidogmático.

---

<sup>100</sup> M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa, Madrid, 2010, p. 49.

<sup>101</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p. 244-245.

Los dogmas del liberalismo son, entre otros, la ciega confianza en la todopoderosa razón, su tendencia a desechar como ilusorio todo aquello que no se adecue a su rígido esquematismo, la unidimensionalidad con la que plantea el problema del hombre en términos puramente cognoscitivos, o el objetivismo con el que se enfrenta al problema social, percibiendo a las personas como meras piezas de un rompecabezas de enormes dimensiones.

El conflicto es, por tanto, necesario, dado que «es la religión un basar la vida sobre hondos, oscuros cimientos irracionales, por profundos, superiores a toda razón; y el liberalismo, un afán de cimentarla en el claro discurso racional, única guía de actividad».<sup>102</sup> Y es que el liberalismo es hijo del racionalismo, pero su mayor aportación a la historia habría de ser el individualismo que, prefigurado por el nominalismo escotista, otorga una prioridad absoluta al individuo por encima de cualquier entidad colectiva, sea ésta la Iglesia Católica, la comunidad social o el Estado político. Este será el sentido de la reforma protestante, según la cual el individuo se hace independiente de toda autoridad, y se convierte en árbitro único del conocimiento. La consecuencia principal será la disgregación, no sólo en el ámbito de la fe, sino más tarde también en lo social, en lo político, en lo psicológico y en lo metafísico.

Según la autora el ser humano ha llegado a ser lo que es gracias a la comunidad, por lo que la disgregación efectiva operada por el liberalismo traiciona su más pura esencia. Pero no ha de ser necesariamente de este modo:

La independencia del individuo no ha de ser su arbitrariedad, su reinado exclusivo, que, por paradoja, llega a destruirse a sí mismo. La existencia de sus derechos no implica el no reconocimiento de organizaciones supraindividuales que, sin destruir las esencias del individuo dé unidad a la historia, a la política y al pensamiento.<sup>103</sup>

El liberalismo ha desembocado en un individualismo excesivo en el que cada ser impone las reglas de todo lo que le rodea. Pero quizás sea posible un nuevo modo de entender el liberalismo que salve la posibilidad de reconocer lo colectivo y la justicia social. Como sigue:

---

<sup>102</sup> Ibid., p. 248.

<sup>103</sup> Ibid., p. 253.

Tampoco el individuo, por fuerte que sea, puede existir aislado: necesita para tener sentido sentirse vinculado a algo, referirse a algo, llevar a alguien tras de sí. Es una figura –no un punto- pero incompleta en su actualidad.<sup>104</sup>

Y con estas reflexiones nos metemos de lleno en el problema social del liberalismo, es decir, el de cómo conjugar la necesaria libertad individual con la justicia social, el eterno conflicto entre libertad e igualdad. Las soluciones paradigmáticas a este problema durante el siglo XX han sido las ofrecidas por el liberalismo, que defiende la prioridad de la libertad individual sobre la igualdad y la justicia, y el comunismo marxista, que sacrifica la libertad a favor de un igualitarismo materialista que suprime toda cualidad individual.

Ambas doctrinas tienen un origen común: el racionalismo humanista moderno. «El comunismo tiene del liberalismo su raíz humanista. Como él, pretende cimentar la vida en dogmas humanos, sólo humanos. Ve la historia a la manera científica, como cadenas de causas y efectos, negando todo supuesto ultrahistórico, supratemporal. Sólo cree, como el liberal, en lo que tiene delante, en lo que está presente»<sup>105</sup>. Ambos defienden el supremo valor de lo humano y lo puramente terrenal, pero difieren al precisar qué es “lo humano”. El liberalismo rehúsa toda definición y lo deja a la voluntad del individuo, mientras que el comunismo sí lo define: es lo económico.

El comunismo, como tendencia política conservadora que lucha por paralizar la vida imponiéndole un duro caparazón y que tiene como mayor temor el cambio, lo heterodoxo, ya ha sido analizado en páginas anteriores del presente trabajo.<sup>106</sup>

Pero el liberalismo burgués, tal y como se presenta en la época de la autora (al igual, creemos, que en la nuestra), tampoco se muestra en mejor disposición para resolver el problema social. Existen dos problemas fundamentales: uno económico, ya que en la economía librecambista surge una «libertad diferenciadora, injusta, engendradora de dictaduras individuales y miserias colectivas, explotación de la masa por el individuo»<sup>107</sup>; y un gravísimo problema moral, «el espectáculo de la esclavitud efectiva de inmensas masas humanas, sustentadoras de la aristocracia que crea la cultura».<sup>108</sup>

---

<sup>104</sup> Ibidem.

<sup>105</sup> Ibid., p.256.

<sup>106</sup> Véase capítulo 3.1. del presente trabajo.

<sup>107</sup> Ibid., p.259.

<sup>108</sup> Ibidem.

Por esto el liberalismo se encuentra en una encrucijada: el pensamiento liberal fue el que hizo posible durante la época moderna el planteamiento del problema de la explotación de las masas, afirmó los derechos del hombre y su valor. Pero, por otro lado, fue precisamente el liberalismo en su faceta económica la que sentó las bases de una nueva esclavitud en el capitalismo moderno, negando, en la práctica, los mismos derechos que afirmaba, a gran parte del pueblo. Según la autora «los postulados espirituales del liberalismo no pueden realizarse con la economía liberal».<sup>109</sup> Con lo cual ha llegado la hora de elegir: liberalismo económico o liberalismo espiritual, ambos no pueden convivir pacíficamente, puesto que están en patente e insoluble contradicción.

En suma, las propuestas de María Zambrano para una reformulación del liberalismo son:

- Con respecto a la ética, relativizar la parte racional del hombre, permitiéndole una vuelta a la fe, lo superracional, y el reconocimiento de la necesidad de atender al plano del subconsciente, los instintos y pasiones humanas.
- Con respecto a la religión, superar el segregacionismo que supone el exceso de individualismo promovido por la reforma protestante, y el reconocimiento de entidades supraindividuales.
- Por último, en relación al problema social, desechar la primacía economicista en el liberalismo y recuperar sus postulados espirituales, la libertad (emancipación del ser humano en la historia) sin renunciar al ideal de igualdad y justicia social.

El conflicto en que ha caído el liberalismo en la actualidad se debe a su voluntad de no renunciar a nada, lo cual es imposible, «habrá, pues, que partir, no de lo que se quiere, sino del conflicto actual, del peligro»<sup>110</sup> para ver de qué manera podemos esquivarlo, esto es, atender más a los propósitos e intenciones iniciales del liberalismo y no tanto a los resultados.

Según la autora, el ser humano pertenece a tres orbes distintos. De los dos primeros el hombre recibe influjo: el reino de la naturaleza (que nos transmite energía y nos acoge maternalmente) y el reino de los valores (que el hombre trata de realizar y orientan su vida). De esto se nutre el hombre para crear su propio orbe, su obra, su papel en el mundo. La existencia de la libertad implica que los dos primeros orbes, si bien posibilitan la vida humana, no la determinan completamente. Y este reino de libertad

---

<sup>109</sup> Ibid., p.261.

<sup>110</sup> Ibid., p.263.

que se abre es el que realiza la acción más eminentemente humana, la política, entendida como la actividad mediante la cual el hombre reforma su vida en virtud de ciertos ideales que espera ver cumplidos en el futuro.

El problema en que cae el liberalismo en su versión económica es que propone la absoluta liberación con respecto a la naturaleza, el ámbito de la necesidad que nos mantiene atados a la tierra. El liberalismo económico ha creado las condiciones para que ciertos sectores de la sociedad se vean efectivamente liberados de esta necesidad, pero a costa de esclavizar a una mayor parte de la población. La autora propone el reconocimiento de esta esclavitud humana en el ámbito de la naturaleza, que afecte a todos, para que todos también podamos gozar de nuestra parcela de libertad en el orbe propio que creamos. Es decir, compartir la esclavitud entre todos, para poder gozar todos de la libertad en igual grado.

Del mismo modo es preciso no restringir el otro ámbito del cual nos alimentamos, el de los valores, que debe ser abierto y omniabarcante, tanto para la fe, como para las pasiones. En sus palabras: «Mas ¿no sería lo justo cultivar –como el activo liberal- nuestro huerto con nuestras manos, y dejar a los ángeles –con el meridional- la intimidad, la oculta fluencia de nuestro interior?». <sup>111</sup>

### 4.3.- Tiempo y libertad

Como concluimos en el apartado anterior, el mayor error del liberalismo racionalista consiste en llevar la voluntad de emancipación del ser humano demasiado lejos, en querer liberarlo hasta de lo que constituye su propia esencia, en soltar amarras con todo lo terrenal y también con lo supraterranal queriendo fundar la vida de nuevo, pero sin suelo y sin orientación, sólo contando con la pura y fría razón. El fin de este proyecto era el de alcanzar la máxima cota de libertad para el ser humano. Pero, según Zambrano la libertad no se puede dar en el vacío. Como ella misma señala: «nos parece ver que el punto de equilibrio está en que la libertad –social, política, ética, metafísica- ha de ser libertad *a partir de, a base de*, y no libertad en el vacío». <sup>112</sup> Sucedería en este caso lo que Kant expresaba con su metáfora de la paloma, que al notar la resistencia del aire sueña que sin él volaría más deprisa, ignorando que es precisamente el aire el que le

---

<sup>111</sup> Ibid., p. 265.

<sup>112</sup> Ibid., p. 266.

permite el vuelo. La ausencia de todo límite no abre absolutamente la libertad, sino que la impide, ya que nos niega todo punto de referencia y toda orientación en la acción.

La libertad humana nunca puede ser absoluta, sino que es una libertad situada, que se abre a partir de unas circunstancias históricas dadas. Es un saber jugar con las posibilidades que se nos presentan. «Así el individuo se encontrará libre a partir de su dependencia respecto a algo superior de lo cual emerge parcialmente. En la esfera ética precisa desde luego de autonomía –si no la tiene no habrá ética-. Autonomía de actuación, de resultado, para actuar fiel a su sentir. Pero este sentir habrá sido gestado, elaborado bajo el signo de los altos valores suprahumanos».<sup>113</sup>

El hombre es, como ya apuntamos, habitante de dos orbes que le condicionan pero a la vez son el suelo que le impulsa para crearse a sí mismo. Son el reino de la naturaleza, de la necesidad y la economía, y el reino de los valores que orientan la vida. Con respecto a ambos el ser humano tiene cierta autonomía, pero nunca debe de olvidar su anclaje, pues éstos son su sustento en la vida auténtica. De esta manera define Zambrano su modo de entender la libertad, opuesta la del liberalismo racionalista que se ha mostrado vacía y estéril, como la única que puede darnos esperanza en el momento de crisis en que nos hallamos, una libertad con los pies en el suelo y la mirada puesta en un futuro más halagüeño para el ser humano.

Libertad –ya lo hemos dicho- que no rompa los cables que al hombre le unen con el mundo, con la naturaleza, con lo sobrenatural. Libertad fundada, más que en la razón, en la fe, en el amor.

Y es que cuando el mundo está en crisis y el horizonte que la inteligencia otea aparece ennegrecido de inminentes peligros; cuando la razón estéril se retira, reseca de luchar sin resultado, y la sensibilidad quebrada sólo recoge el fragmento, el detalle, nos queda sólo una vía de esperanza: el sentimiento, el amor, que, repitiendo el milagro, vuelva a crear el mundo.<sup>114</sup>

Denuncia por tanto la confusión de la libertad con el individualismo extremo, un individualismo arbitrario y caprichoso, que no cuenta con nadie más que consigo mismo. Con el liberalismo burgués «la libertad se convirtió en separación de la realidad, en vano sueño quimérico de una imposible independencia. Se confundió la persona, la persona moral de donde brota la libertad, con el individuo vuelto de espaldas a la vida».<sup>115</sup> Por tanto la nueva tarea será la refundación de la libertad humana sobre nuevas

---

<sup>113</sup> Ibidem.

<sup>114</sup> Ibid., p. 269.

<sup>115</sup> M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Ed.cit., p. 131.

bases, y en esta tarea cobra un relevancia fundamental el tiempo, que como ya avisamos, es el medio ambiente del ser humano.<sup>116</sup>

La libertad entendida de este modo, sólo le es accesible al individuo que dispone de su tiempo, un tiempo para pensar, para cuestionar su pasado y su presente, para pedirse cuantas a sí mismo y a los demás, y para proyectar su futuro. Es preciso que el ser humano se reconcilie con su pasado para poder librarse de su peso, en ésto consiste la humanización de la historia, en revivirla y reactualizarla, en comprenderla y saber que se viene de algo.

Pero el tiempo esencial de la persona es el futuro, y el momento de crisis en el que nos encontramos, se nos presenta una dificultad, estamos ante un dintel que es preciso atravesar para entrar en una nueva fase de la historia, el paso de la historia sacrificial a la historia ética, y este es el problema social, el eterno conflicto entre el individuo y su medio social. Hemos de conocer el pasado para crear nuestro futuro, puesto que:

La historia no es un simple pasar de acontecimientos, sino que tiene su argumento, porque es drama; de ahí que su transcurrir no sea sólo en la simple continuidad, que existan dinteles, situaciones límite, en las cuales el conflicto no puede permanecer, y el conflicto amenazador entre todos es el que proviene de una sociedad no suficientemente humanizada todavía, no apta para que el hombre prosiga su alba inacabable. Ha sido sin duda visto, y el crimen, los crímenes, han sido ya cometidos. Es pues hora del conocimiento.<sup>117</sup>

La historia vivida hasta el momento ha sido el relato de una inacabable tragedia, el ser humano ha caído una y otra vez en los mismos errores, la idolatría, el absolutismo, etc. Si el drama del ser humano consiste en no conocer hasta que el acontecimiento haya pasado, podemos concluir que ya ha habido innumerables crímenes y que ha llegado la hora de realizar un ejercicio de comprensión histórica para conjurar el peligro de que éstos se repitan eternamente. La reconciliación con el pasado no supone honrar a los muertos, sino comprenderlo y asumirlo como tragedia para que no se repita en el futuro. Este es el dintel ante el que estamos y el que debemos cruzar al fin, el de humanizar nuestra sociedad mediante la humanización de nuestra historia.

Tenemos establecido, por tanto, que la tesis de occidente es la de la afirmación del hombre, el humanismo, y un problema, encontrar una sociedad apta para albergarlo,

---

<sup>116</sup> Véase el capítulo 3.2. del presente trabajo.

<sup>117</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed.cit., p. 52.

salvando nuestro mayor obstáculo histórico, el absolutismo. Tenemos también una concepción relativizada de la libertad, como una libertad situada, histórica y anclada sobre fundamentos firmes, la tierra y los valores suprahumanos. La libertad sólo es posible cuando es posible la acción, y ésta precisa de un horizonte que le dé sentido. Este horizonte puede mostrarse en nuestra época porque la característica fundamental del hombre actual es la de que posee conciencia histórica «pues la conciencia o bien engendra un horizonte o nace de él; los dos se implican y se llaman, no pueden existir el uno sin el otro. Son momentos esenciales del conocimiento verdadero de la historia».<sup>118</sup>

Pero, para que este horizonte en el que se ordenan y cobran sentido los acontecimientos de la historia se muestre, es necesario contar con el tiempo. La vida humana transcurre en el tiempo, y este es implacable, no espera, no se detiene para que sepamos qué debemos de hacer cuando los acontecimientos se nos echan encima, tenemos que actuar muchas veces sin saber realmente a qué nos enfrentamos. Ésa es la mayor dificultad del ser humano, el tener que actuar sin conocer exactamente las consecuencias de nuestros actos. Pero esta dificultad, si bien no se puede eliminar, sí se puede atenuar mediante el ejercicio del conocimiento histórico. Pues «de lo que se trata justamente es de conocer cuando todavía lo hay [remedio], de insertar el conocimiento en el proceso que es la vida de cada uno; la vida personal y la vida histórica. En ello va la libertad».<sup>119</sup>

Esta es la virtud del conocimiento histórico, que nos permite atisbar alguna luz en el curso de los acontecimientos para poder actuar en los mismos y abrir así la puerta a la libertad. En ello consiste la superación de la historia sacrificial, del drama que supone ser una víctima de la historia para pasar a ser su agente, su sujeto. «Se trata, pues, de ejercitar el conocimiento histórico para dar lugar al ejercicio de la libertad. Ambos se condicionan, no son posibles el uno sin el otro».<sup>120</sup>

La entrada en una ética de la historia supone querer entender, más que los hechos y datos que nos lega la historiografía oficial, cómo dichos acontecimientos han sido vividos por las personas que en ellos se vieron envueltos. Hacer, como decía Unamuno, una intrahistoria, una historia de cada una de las existencias individuales que vivieron, o más bien sufrieron, los hechos que relatan los libros.

---

<sup>118</sup> Ibid., pp. 78-79.

<sup>119</sup> Ibid., p. 79.

<sup>120</sup> Ibidem.

Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esta vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentira que suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, y monumentos, y piedras.<sup>121</sup>

María Zambrano defiende que el conocimiento histórico no debe limitarse a buscar las causas de los hechos y a juzgar a los que los hicieron posibles, sino que lo que se debe hacer es excavar en los grandes relatos para averiguar cómo fueron vividos por los hombres y cómo fueron juzgados por ellos mismos.

Y así, un error que se repite constantemente es el de juzgar ciertas empresas históricas de determinados pueblos, de determinadas épocas, malas en sí mismas, por la crueldad con que se han mantenido, por las catástrofes que han desencadenado. Lo cual no convence a sus defensores, que a su vez imputan a los demás otros errores, otros horrores. Y las «causas» se oponen unas a otras sin advertir lo fundamental y lo decisivo; la manera como han sido mantenidas, queridas; la situación en que los hombres se encontraban al defenderlas o al soportarlas.<sup>122</sup>

Sólo si conocemos el trasfondo humano de la historia seremos capaces realmente de comprenderla. Hemos de conocer las motivaciones profundas de aquellos que hicieron la historia pasada, no sólo de los grandes nombres, sino también del pueblo, de las personas que se vieron arrastradas por la tragedia, cómo lo vivieron, qué pensaban de ella, hasta qué punto participaron de la misma y por qué.

Para sumergirnos en esta intrahistoria, la literatura nos ofrece un retrato mucho más ajustado que la historia oficial o la filosofía. Así, por ejemplo en las novelas de Galdós encontramos a la auténtica España, a la España viva que la historia oficial había dejado olvidada. Como dice en su escrito *Misericordia*, inspirado en la homónima novela galdosiana: «El tiempo real y concreto en que lo histórico y lo innominado se traban reflejándose mutuamente, el tiempo con ritmo imperceptible en que transcurre lo doméstico agitado todavía por lo histórico, es el tiempo real de la vida de un pueblo que lo sea en verdad, es el tiempo de la novela de Galdós».<sup>123</sup>

Ha existido desde siempre en el ser humano un temor al paso del tiempo y a enfrentarse a los horrores del pasado de manera abierta y responsable, como si el

---

<sup>121</sup> M. de Unamuno, *En torno al casticismo*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1996, p. 63.

<sup>122</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 80.

<sup>123</sup> M. Zambrano, “Misericordia” en *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 230.

tiempo, en todas sus dimensiones, personales e históricas, fuese un obstáculo para la libertad humana. El racionalismo, como el Cristianismo, ha querido hacer una abstracción del tiempo, situarse en un más allá de la temporalidad, en el ámbito de las verdades eternas. De esta tendencia se ha alimentado el absolutismo que se ha caracterizado precisamente por su voluntad de detener el tiempo en un estado de cosas considerado perfecto. Pero el tiempo es una dimensión fundamental en el ser humano, al igual que la libertad; el negarlas no hace que desaparezcan, sino que sólo nos desnaturaliza. En palabras de la autora:

Pues el hombre está sometido en principio a la libertad y al tiempo. A la libertad porque como dice la Razón Vital; “somos necesariamente libres”. Y al tiempo porque es el medio de la vida. Mas no basta ser necesariamente algo para serlo como se debe. Se es libre aunque no se quiera, cierto es y aunque no se sepa. Mas, no es la misma libertad la del que sabe que la tiene, ni la del que sabe tenerla.

Y si tiempo y libertad son inexorables en la vida humana, sólo sabiéndolos conjugar la vida será verdaderamente humana. Y más si advertimos que el tiempo es condición de la libertad, y estímulo que bastaría que nos reiterase, para que la libertad quedase anulada.<sup>124</sup>

Esta coimplicación entre tiempo y libertad todavía no ha sido debidamente advertida por el ser humano, que sueña con detener el tiempo para alcanzar la libertad, ignorando que con ello sólo la anularía. De lo que se trata es de saber, de una vez, tratar con el tiempo, un conocimiento que no es teórico, sino que es una praxis para lograr que el hombre «en vez de estarle sometido [al tiempo], saber transitar por él, convertirlo en camino de libertad».<sup>125</sup>

Hemos de librarnos del fantasma del absolutismo, que no depende de ninguna filosofía ni religión particular, sino que se asienta en el pánico humano hacia el cambio y en su voluntad de dominio de la realidad que le rodea. Y para esto tenemos que aceptar la ignorancia humana frente amplios ámbitos de la realidad, tenemos que aceptar nuestra temporalidad, nuestra caducidad, y nuestra indigencia con respecto al mundo natural y social, que siempre es más de lo que nosotros somos. Tenemos que reconocernos y reconocer la imperfección en nuestro seno para así abrir un camino de libertad, que si bien no es, ni puede ser, absoluta, al menos es auténtica, y no un mero sueño de la razón.

---

<sup>124</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 114.

<sup>125</sup> *Ibid.*, p. 115.

#### 4.4.- Personaje y persona

Nuestra pretensión es, por tanto, diseñar una sociedad apta para que viva el ser humano, en donde el conflicto entre libertad individual y justicia social pueda resolverse, lograr una humanización de la sociedad mediante una humanización de su historia.

Pero para realizar una acción es preciso tener una finalidad, un horizonte hacia el cual dirigirnos, aunque éste no sea un punto fijo, sino un foco, «esa lejana luz es claridad que recae sobre las circunstancias inmediatas y las ordena, las hace cobrar sentido».<sup>126</sup> La claridad de este horizonte es la que nos abre los caminos por donde hemos de transitar con nuestras acciones, y estos caminos constituyen una cultura. La cultura en que nacemos nos otorga, entre otras cosas, una imagen determinada de lo que es, y de lo que debe ser, el hombre, imagen que ha ido variando a lo largo de los siglos.

Por tanto, el patrón o imagen del hombre que poseamos determinará en gran medida nuestra acción, puesto que éste constituye en buena parte aquello que queremos conseguir, nuestra finalidad u horizonte. En el liberalismo esta imagen es la del individuo racionalista, que concibe su libertad como opuesta a la de los demás miembros de la sociedad, que ha cortado amarras con todo aquello de lo que no puede dar razón, que da la espalda a la fe y al subconsciente, a lo suprracional y a lo irracional. Pero según Zambrano esta imagen no es la adecuada, puesto que mutila al ser humano quitándole parte de su esencia y le hace creer que es absolutamente independiente, y lo que es más, enemigo, de su entorno social.

Lo prioritario a la hora de diseñar una sociedad apta para el hombre es crear una imagen adecuada del hombre. Hemos de conocernos a nosotros mismos y la naturaleza de nuestra libertad<sup>127</sup> para saber qué tipo de sociedad nos corresponde crear y, sólo después de ello, proceder a la acción.

En este sentido, María Zambrano nos propone una nueva imagen de ser humano: la persona. Y un nuevo desafío, la metamorfosis del individuo en persona. Como afirma Jorge Velázquez Delgado «para Zambrano, la persona humana es una realidad radical e irreductible a cualquier presupuesto absoluto bajo el cual se le quiera someter».<sup>128</sup> Por lo tanto, la constitución de la persona como imagen hacia la cual tender no significa la creación de un nuevo constructo, nada más lejos, sino al contrario, un despojamiento de

<sup>126</sup> Ibid., p. 44.

<sup>127</sup> Véase el capítulo 4.3. del presente trabajo.

<sup>128</sup> J. Velázquez Delgado, Op.cit., p. 72.

las máscaras con las que nos hemos cubierto en las diferentes etapas de nuestra historia. El hombre es un ser inacabado que ha de adquirir al fin su rango de persona, que no es un nuevo ropaje, sino lo esencial a todos nosotros.

Pero, ¿qué es la persona? El término proviene del griego *prósopon*, la “máscara” con que se cubre el actor de tragedias al interpretar su personaje. Aceptando esta acepción, Zambrano nos dice que la persona es una forma o máscara con la cual afrontamos la vida y la relación con los demás. En este sentido podemos forjarnos una máscara que de una imagen ficticia de nosotros mismos, sea la de aquel que se endiosa, la de víctima o cualquier otra. De este modo creamos a un personaje por encima de la persona. Pero la persona primordial seguirá ahí, latiendo por debajo del personaje. Como dice la autora, «esta persona es moral, verdaderamente humana, cuando porta dentro de sí la conciencia, el pensamiento, un cierto conocimiento de sí mismo y un cierto orden; cuando recoge lo más íntimo del sentir».<sup>129</sup> Se sacrifica a la persona cuando se la obliga a ser personaje, más fácil de dominar, puesto que el personaje tiene un porvenir predeterminado, es previsible, sigue un guión ya escrito. En cambio, la persona es un ser volcado hacia el futuro, que es esencialmente imprevisible.

La historia vivida hasta el momento, la historia trágica, ha estado poblada por personajes que cargaban con su máscara y el destino que esta le imponía, justo como en las tragedias griegas. Especialmente significativas han sido ciertas figuras históricas que, endiosados por el pueblo, han cometido los mayores crímenes, poseídos por su personaje. La historia trágica ha sido una sucesión de sacrificios en los que los ídolos se adueñaban de sus víctimas a quienes, por cierto, debían su posición semidivina, «elevados por ello a un rango superior al humano, desde el cual no han de dar cuentas a nadie o en último término sólo a Dios, en una especial intimidad, como han creído ciertos protagonistas del absolutismo europeo, olvidando la limitación de ser persona».<sup>130</sup> Pues ser persona conlleva el ser limitado. En el momento en que desaparece el límite desaparece la forma humana, ya no se es persona, sino personaje.

Pero el personaje es una máscara, un añadido, una ficción. Debajo de todo ser endiosado, de todo ídolo, hay una persona que se ha olvidado de sí misma, pero que nunca desaparece, «pues la diferencia está en que el personaje, por muy histórico que sea, lo representamos, mientras que persona, lo somos».<sup>131</sup> Para ejercer el poder de un modo legítimo, es necesario que el que lo practica se deshaga del ensueño de sí mismo,

<sup>129</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed.cit., p. 101.

<sup>130</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>131</sup> *Ibid.*, p. 60.

para que no se convierta en ídolo y se endiose sobre un mar de víctimas. El que tiene el poder ha de desprenderse del mismo poder al tiempo que lo ejerce, que sea una actividad, algo que él hace, y no algo que él es.

Para que el hombre consiga, por tanto, humanizar su sociedad y acabar con la tragedia, la condición previa es la de que ha de despojarse de toda máscara, de todo personaje que aprisiona su ser.

Mas hay un modo de afirmarse como persona, un modo trágico que es afirmarse en personaje; el personaje es siempre trágico; bajo él gime la persona y para liberarse un día se precipita en tragedia, después de haber precipitado a lo que de ella dependió. Si el hombre occidental arroja su máscara, renuncia a ser personaje en la historia, quedará disponible para elegirse como persona. Y no es posible elegirse a sí mismo como persona sin elegir, al mismo tiempo, a los demás. Y los demás son todos los hombres.<sup>132</sup>

Con respecto al individuo, tal y como lo hemos caracterizado anteriormente<sup>133</sup>, «la persona es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre y en este sentido era así desde el principio; más como futuro a descubrir, no como realidad presente de forma explícita».<sup>134</sup> El individuo se define por oposición a la sociedad, por lo que sólo en sociedad puede surgir. Su lugar es la sociedad, mientras que el lugar de la persona es la interioridad, el espacio y tiempo de soledad cuando el hombre se encuentra consigo mismo y se cuestiona por lo que es. El individuo aparece tardíamente y en una sociedad determinada, y la llegada de la persona todavía es posterior, cuando se hace un alto y se introduce en su soledad para pensar.

Este espacio de soledad es donde nace la auténtica libertad, no entendida de un modo negativo (liberación de) sino que es una libertad que implica una responsabilidad ante el mundo. La persona es «el vaciado en las circunstancias de esta libertad, de esta intimidad invisible»<sup>135</sup>, la persona se vuelca en el mundo, su libertad se abre a partir de sus circunstancias y no en contra de éstas.

Como ya adelantamos, el tiempo propio de la persona es el futuro, vive volcada hacia él y lo crea. La persona es vehículo del futuro. Es además “garantía de autenticidad” puesto que sus acciones son imprevisibles, vive en el tiempo haciéndose

---

<sup>132</sup> Ibid., p. 208.

<sup>133</sup> Véase capítulo 4.1. del presente trabajo.

<sup>134</sup> Ibid., p. 130.

<sup>135</sup> Ibid., p. 158.

cargo del devenir del mundo y de su necesidad de moverse junto a él. Persona no somos sin más, sino que es un logro que aún está por llegar. Y aún llegando a serlo, no es algo que consigamos de una vez y permanezca en nosotros, puesto que ser persona no es una cualidad, sino un ejercicio. Como dice la autora: «para ser persona hay que querer serlo, si no se es solamente en potencia, en posibilidad. Y al querer serlo se descubre que es necesario un continuo ejercicio, un entrenamiento».<sup>136</sup>

#### **4.5.- La llegada de la historia ética**

Como venimos anunciando, la pretensión fundamental de María Zambrano es la de dejar atrás la historia sacrificial desarrollada hasta el momento<sup>137</sup> y abrir el camino a un nuevo modo ético y humanizado de vivir en la historia.

También hemos establecido que la autora caracteriza su tiempo como una época de crisis, y toda crisis supone la muerte, el acabamiento de un modo de ver el mundo, pero también permite el surgimiento de algo nuevo, un amanecer para que el hombre comience a proyectar un horizonte verdaderamente humano mediante el conocimiento histórico y la acción política. En este punto se encontraba Zambrano en su momento histórico, y en este punto nos encontramos también nosotros en el que nos toca vivir. Pero como ya nos ha transmitido, el alba es la hora más trágica del día, pues es despertar y promesa, pero esa promesa puede resultar incumplida, ya que de nosotros depende llevarla a buen término.

Por otro lado, hemos aclarado que la tragicidad de la historia ha descansado en la incapacidad que el ser humano ha mostrado hasta ahora para tratar con el tiempo y en el error en que ha caído al postular la libertad al modo liberal, racionalista e individualista.<sup>138</sup> Pues según Zambrano, en la persona, tiempo y libertad son inexorables, y el ejercicio del conocimiento es condición de posibilidad para el ejercicio de la auténtica libertad humana, una libertad que nace de las circunstancias y está siempre situada.

El conflicto entre hombre y sociedad es interpretado en términos temporales; de este modo, la sociedad es concebida como pasado y la persona como portadora de futuro. Veamos las implicaciones de esto:

<sup>136</sup> Ibid., p. 192.

<sup>137</sup> Véase el capítulo 3.4. del presente trabajo.

<sup>138</sup> Véase el capítulo 4.3. del presente trabajo.

Pues la sociedad es en cierto modo el pasado. Está siempre ahí; estaba ya desde antes: nos la hemos encontrado. Nos precede y ha precedido siempre a todo el que ha despertado a vivir como persona. La persona está siempre más allá, ella es la que crea humanamente. (...) Lo que sucede es que la persona puede crear en función de la sociedad y para ella, lo que siempre sucede aunque no quiera, pues toda creación humana se revierte de algún modo sobre la sociedad. «Jamás el sabio es hombre privado», decía el emperador Marco Aurelio.

Al que crea, inventa o simplemente piensa, la sociedad se le aparece en forma de pasado, bajo su especie y figura, y su opresión o su indiferencia. Mas no es necesario llegar a crear o inventar para que esto suceda: basta adentrarse en ese lugar donde pensamos, en soledad, para sentir a la sociedad, a toda sociedad como algo que está ahí, que «sigue todavía estando».<sup>139</sup>

Por lo tanto la sociedad es lo que nos precede, la que nos forma y nos da la posibilidad de vivir de un modo concreto, y la posibilidad de crear, pues nadie crea *ex nihilo*, sino a partir de lo que le es dado. La persona tiene una relación ambivalente con respecto a la sociedad: por un lado la sociedad le arroja y le ofrece un sustento a partir del cual crear su vida; pero por otro, al establecer unas formas, creencias, costumbres y tradiciones previas a la persona, limita su creatividad, llegando en ocasiones, incluso, a la opresión. Negar la tradición y tener una actitud antisocial es tanto como negarse a uno mismo. Pero la aceptación acrítica, el conservadurismo estatista, también supone una anulación de la persona como portadora de futuro e innovación.

No se puede negar el pasado, puesto que el pasado, en cierto modo, siempre permanece y se hace presente en las circunstancias en que vivimos. Pero tampoco se puede vivir en el pasado, pues el tiempo y la historia nos ponen ante nuevos desafíos a cada instante ante los que hemos de responder. Como dice la autora, hay que reconocer «el simple hecho de que la vida humana es tal que el pasado no desaparece. Más aún, aquello por lo que somos “más” que este pasado, el pasado todo de la vida tomada en masa –aquello por lo que el hombre es algo original y único, el ser persona, pensamiento, libertad- constituye el pasado; hace que lo haga».<sup>140</sup>

Es propio del ser humano el sentirse venir de algo, el anclar su vida en un ayer que le da las claves del mañana, «la persona, lugar donde el futuro se abre paso, necesita un ayer que le equivalga».<sup>141</sup> Ya sea en la vida personal o en la social, «no hay creación sin profecía»<sup>142</sup>, tendemos hacia un futuro que en cierto modo hemos prefigurado, en la

---

<sup>139</sup> Ibid., pp. 160-161

<sup>140</sup> Ibid., p. 162.

<sup>141</sup> Ibid., p. 163.

<sup>142</sup> Ibidem.

vida de los pueblos por la mitología o la religión, y en la vida personal por las creencias, los sueños y la fe. Todas las civilizaciones miran hacia un futuro mejor, y estos sueños utópicos suelen estar determinados por el modo en que entienden su propio pasado, por algunas cualidades que se atribuyen históricamente o en honor a un pasado glorioso. Pues «no ha habido civilización sin quimera. Y de la calidad, fuerza y realidad de su quimera, depende la grandeza de esta civilización».<sup>143</sup> Pero si esto es cierto, no lo es menos que el hombre tiende a enredarse en sus propios sueños hasta el punto de que muchas veces los convierte en pesadillas. El peligro que le acecha, como sabemos, es el del absolutismo, que acaba aplastando a los individuos y los pueblos. El hombre ha de analizar cuidadosamente lo que desea y ha de saber rectificar el curso de sus acciones cuando esto sea necesario.

El auténtico conocimiento histórico es asequible a la persona puesto que sólo ella es capaz de tratar con el tiempo. En primer lugar lo separa para constituir el pasado, aísla después el presente y hace un vacío en su tiempo para que el futuro pueda penetrar. En ocasiones nos precipitamos y tendemos, incluso, a arrojar al pasado cosas que están sucediendo en el presente o cosas que están por venir pero de las que tenemos la certeza de que ocurrirán de una manera determinada. También es común que dejemos en el pasado, sin análisis suficiente, acontecimientos problemáticos o enigmas, que por no estar presentes no nos suponen un reto en la actualidad. Según Zambrano, es necesario revivir este pasado, traerlo al presente y estudiarlo de un modo adecuado. El conocimiento histórico es así un «vivir, diríamos, en sentido inverso; el recorrer lo vivido en sentido inverso, para hacerlo, cuanto sea posible, transparente».<sup>144</sup> Cuando ejercita el conocimiento histórico, la persona entra en un plano temporal superior, que unifica la heterogeneidad temporal en una especie de circularidad. Pues, cuando se conoce y se piensa algo, en cierto modo se le trae a la presencia. Así se construye un horizonte temporal más amplio en que pasado presente y futuro se ordenan y cobran sentido en función de un proyecto de emancipación de la humanidad. Preparar al presente para que, con ayuda de la lección del pasado, pueda tender hacia futuro más humano.

Sin revivirlo y traerlo a la presencia no podemos conocer el pasado, del mismo modo que sin anticipación el futuro no existiría. De este modo la persona “une” el tiempo en sí, sacrificando, en cierto modo, su presente, «es el sacrificio recto que han

---

<sup>143</sup> Ibidem.

<sup>144</sup> Ibid., p. 165.

realizado cuantos hacen un vacío en su tiempo para recordar y pensar». <sup>145</sup> Es un sacrificio porque que la vida no espera, sigue su curso sin detenerse, pero es el precio que ha de pagar la persona, que quiere y acepta serlo, para entrar finalmente en una historia ética, en una historia “hecha”, a sabiendas, por personas que comprenden lo que hacen. Como todo ser viviente que vive a costa de algo, «la persona humana tiene también su vida: respira en el tiempo y se alimenta de verdad». <sup>146</sup>

Hasta ahora el ser humano ha soñado paraísos, utopías de la razón, perfectas en su idealidad; pero ha construido infiernos, por la rebeldía de la realidad ante la razón. El hombre no ha sabido comprender el mundo que tiene ante sí, ni ha conseguido comprenderse a sí mismo. Ha desdeñado al cambio, al tiempo, a lo heterogéneo, olvidando que son su propia esencia. Según Zambrano, para no desembocar en infiernos, el hombre ha de renunciar a su pretensión de construir paraísos; ha de buscar el término medio, un camino por el “Purgatorio”. La razón ha de saber moverse, entender, antes de nada, que es camino, y es camino en el tiempo.

En la vida humana no basta con que algo sea real sino que, para que lo sea, ha de ser realizado día a día. Avanzar, para la persona, consiste en moverse por los múltiples caminos del tiempo, hacia el pasado y el futuro, y teniendo en cuenta que el presente no es sólo el propio, sino también el del resto de las personas que componen la sociedad. Además de la multiplicidad del tiempo presente, es preciso ser conscientes del cambio, de la evolución que sigue la sociedad y el propio yo. La persona ha de ser capaz de corregirse, de atender al cambio social y de las propias circunstancias y actuar consecuentemente. Desde esta perspectiva el absolutismo es imposible, no sólo como realidad actual, también lo ha de ser como proyecto. Zambrano lo expresa con las siguientes palabras:

La solución está en la fidelidad, en la doble fidelidad a lo absoluto y a la relatividad, a aquello que vivimos o vemos fuera del tiempo y al tiempo en su correr implacable. Y bien, esto que parece contradictorio es sencillamente algo que existe desde mucho tiempo, es la ética. Y la ética es el modo propio de la vida de la persona humana. Querer algo absolutamente, pero quererlo en el tiempo y a través de todas las relatividades que el vivir en él implica. <sup>147</sup>

De este modo puede la persona entrar en la historia en modo ético, viviendo en un tiempo que cuenta con el pasado, lo reconoce y lo revive, y que está volcado hacia

---

<sup>145</sup> Ibid., p. 167.

<sup>146</sup> Ibidem.

<sup>147</sup> Ibid., p. 203.

un futuro más humano. Un tiempo que es presente, pero un presente múltiple, que engloba no sólo a mi persona, sino a toda la sociedad. Que tiene un proyecto absoluto e irrenunciable, la emancipación del ser humano en la historia, pero que cuenta con la relatividad del tiempo, y que es capaz de autocorregirse. «Se trata, pues, de incluir la vida social en la moral, de vivir éticamente en modo completo. Que la persona incluya en su área a la sociedad».<sup>148</sup> Y el fin no será otro que el de lograr un régimen político que se comporte como una persona en toda su integridad, humanizar la sociedad en sentido estricto. El régimen capaz de lograr este objetivo sólo puede ser la democracia.

## 5.- LA DEMOCRACIA COMO SUPERACIÓN DE LA TRAGEDIA

### 5.1.- La democracia como gobierno del pueblo

Una vez que hemos definido lo que para María Zambrano es la persona, estamos en disposición de hablar de la democracia como «la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona».<sup>149</sup>

Tradicional y etimológicamente se entiende el término “democracia” como gobierno del pueblo o como régimen que sirve al pueblo. Pero entonces, ¿qué es el pueblo?

Decir pueblo es decir *ecce homo*, más no como individuo, sino en toda la complejidad y concreción del hombre en su tierra, en su tiempo, en su comunidad. La realidad de lo humano concreto, sin más. El *sustratum* de toda historia. El sujeto sobre el cual se apoya toda estructura y sobre el que se da todo cambio; la materia de toda forma social y política; el caudal de vida humana disponible para toda empresa; la sustancia, en suma.<sup>150</sup>

En primer lugar se nos aclara que el componente del pueblo no es el individuo, es decir, el individuo tal y como es entendido por el liberalismo clásico, en el cual se insinúa un antagonismo entre éste y la sociedad. El pueblo está compuesto de hombres, de seres humanos de carne y hueso, la realidad humana previa a ser incluida en ninguna clase social. Es decir, está formado por personas, pues «el hombre del pueblo es,

---

<sup>148</sup> Ibidem.

<sup>149</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 169.

<sup>150</sup> Ibid., p. 173.

simplemente, el hombre. Y su figura es la primera aparición de la persona humana libre de personaje, de máscara».<sup>151</sup>

El pueblo, como colectividad, es el auténtico sujeto desconocido de la historia y, siendo sustancia, es «inagotable, prolífica, desbordante de toda forma, plena de promesas»<sup>152</sup>, es la forma social de la persona, siempre tendente hacia el futuro. El pueblo viene a ser la realidad radical, es más que los individuos, pero es anónimo y muchas veces irresponsable, como se ha podido ver en ciertos momentos de la historia, en que se ha tomado la justicia por su mano y comete crímenes que, al no ser individuales, no reconocen ningún tribunal de justicia, ni divino, ni humano. En el pueblo, al ser más que la suma de individuos, hay algo que permanece aunque sus componentes hayan cambiado.

El pueblo, siendo el auténtico sujeto de la historia, es el único con potencia real para renovar el mundo y se mueve por afán de justicia. Como dice en una carta al Dr. Marañón, incluida en *Los intelectuales en el drama de España*:

Porque si hurgamos en las injusticias que pueda cometer el pueblo o alguno de sus componentes no representativos, hallamos en seguida, Dr. Marañón, que el pueblo puede equivocarse parcialmente, anecdóticamente, pero no se equivoca jamás en lo esencial, y todavía más: analice usted un acto equivocado del pueblo y no podrá menos que encontrar en el fondo *un afán de justicia*. La conciencia de cumplir una injusticia acompaña a los actos justos y también a los menos justos del pueblo, lo cual prueba que su fondo permanente es un afán de justicia.<sup>153</sup>

En España, concretamente, dada la particular separación entre lo que anteriormente hemos denominado la España oficial y la España popular<sup>154</sup>, el pueblo es el que salvaguarda la auténtica cultura nacional. Por eso, en España, el papel de la filosofía es cubierto por la literatura

Para que el camino de la democracia sea completo, todos deberíamos formar parte del pueblo, es decir, se debería identificar pueblo con sociedad. Y es que, según Zambrano, la palabra “pueblo” tiene dos significaciones. En un primer sentido, el pueblo se opone a cierta clase dominante o aristocrática, que es quien dirige la historia mientras el pueblo se limita a padecerla. En un segundo sentido, el pueblo refiere a la

---

<sup>151</sup> Ibidem.

<sup>152</sup> Ibidem.

<sup>153</sup> M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 121.

<sup>154</sup> Véase el capítulo 3.6. del presente trabajo.

totalidad de los miembros de una sociedad, y éste sería el sentido verdaderamente democrático de la palabra. Pero aún es posible que el pueblo tomado en este segundo sentido, como totalidad, se oponga al individuo, un tipo de democracia en donde el valor del individuo y su libertad creativa no sea respetado.

Si cayésemos en este tipo degradado de democracia o en el primer sentido de pueblo como opuesto a una casta dominante, la forma de dirigirse al pueblo por parte de quienes lo dirigen, es la demagogia. Profundicemos más en ello.

### 5.1.1.- Pueblo y masa

«La demagogia es la adulación al pueblo. Y como toda adulación, invita a quien va dirigida a detenerse allí donde se encuentra, a fijarse en la situación en que ya está, en la situación del pasado».<sup>155</sup> Por lo tanto, la demagogia es una invitación al conservadurismo por parte de quienes dominan al pueblo. Pero el pueblo, como la persona, es una realidad todavía en vías de integración, que ha de irse ejercitando cada día para ser lo que debe ser. La democracia no es un estado, sino un proceso, por lo que la demagogia pervierte profundamente la esencia de este régimen y degrada al pueblo en masa. «La masa es un hecho bruto, un “estar ahí” como materia, significa una degradación porque aparta la realidad pueblo, que es una realidad humana, de aquello en que la realidad humana alcanza su plenitud: el vivir como persona».<sup>156</sup>

En su definición de las masas, Zambrano se hace eco de la obra de su maestro Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, en que se define al hombre-masa como aquel tipo humano que no siente la presión de la realidad, que no cree en el esfuerzo, puesto que todo lo que necesite le ha de venir dado por derecho. Así renuncia a su máxima finalidad, el convertirse en persona. No valora el pasado ni a la sociedad que le proporciona su sustento, ni cree en el futuro, pues su presente le deja satisfecho.

Esto nos lleva a apuntar en el diagrama psicológico del hombre-masa actual dos primeros rasgos: la libre expansión de sus deseos vitales –por lo tanto, de su persona- y la radical ingratitud hacia cuanto ha hecho posible la facilidad de su existencia. Uno y otro rasgo componen la conocida psicología del niño mimado. Y en efecto, no erraría quien utilice ésta como una cuadrícula para mirar a su través el alma de las masas actuales. Heredero de un pasado

---

<sup>155</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 181.

<sup>156</sup> *Ibid.*, p. 183.

larguísimo y genial –genial de inspiraciones y esfuerzos-, el nuevo vulgo ha sido mimado por el mundo en torno. Mimar es no limitar los deseos, dar la impresión a un ser de que todo le está permitido. La criatura sometida a este régimen no tiene la experiencia de sus propios confines. A fuerza de evitarle toda presión en derredor, todo choque con otros seres, llega a creer efectivamente que sólo él existe, y se acostumbra a no contar con los demás, sobre todo a no contar con nadie superior a él.<sup>157</sup>

Para caracterizar la diferencia entre el pueblo y la masa, Zambrano distingue dos modos de hablar radicalmente diversos.

El primero sería el modo antiguo, que elude al yo, pues el sujeto es una creación relativamente reciente que se remonta a la época moderna. En este modo antiguo, hablar significa decir una verdad o referir a una realidad. Prima la función objetiva del lenguaje sobre la expresiva, y se hace eco de la sabiduría popular de los antecesores, producto de una larga experiencia. Es un lenguaje pobre en adjetivos pero rico en verbos.

El que habla a lo pueblo se retira sin por ello hacerse ninguno, al contrario, se llena de autoridad, pues aquello que dice no es importante porque lo diga él, sino porque es así y está dicho así, desde antes. Es un hablar en función del tiempo, bajo el cual reposa una antigua concepción de la verdad hoy olvidada y que sería oportuno resucitar: hay verdades que se descubren con el tiempo. Y nadie ha de ponerlas al descubierto hasta que el tiempo no pase; razón de ciertos silencios, de ciertas palabras veladas, veladas como la verdad misma. Es el lenguaje más cargado de autoridad.<sup>158</sup>

Por el contrario, el lenguaje de la masa es desafiante y dogmático, en él desaparece el tiempo, «pasado, presente y porvenir se estratifican, se hacen *cosa*»<sup>159</sup> y también desaparece la persona a quien se habla. Es un lenguaje de “síes” y “noes” absolutos, de voluntad simplificadora. Según Zambrano, «con su agobiante abuso del “yo opino”, del “yo digo que esto es así”, con su abstracción excesiva del tiempo, con el uso compensatorio de los adjetivos, el lenguaje de la masa es esquematización del lenguaje racionalista del hombre culto moderno».<sup>160</sup>

Así el elemento constitutivo de la masa será el hombre caracterizado como el individuo liberal moderno y su lenguaje es el de la simplificación y la abstracción del

---

<sup>157</sup> J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Espasa Calpe, Madrid, 1972, pp. 69-70.

<sup>158</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 188.

<sup>159</sup> *Ibidem*.

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 189.

concepto, el del “yo” como algo irreductible e independiente del “nosotros”. Por el contrario, el pueblo como proyecto a realizar, todavía no desvelado, estará compuesto por personas que viven en el tiempo y cuentan con él, que no son individuos aislados, sino que participan de una comunidad, de una cultura a la que le deben buena parte de su sabiduría y se saben ignorantes con respecto a buena parte de la realidad que les rodea y que les incumbe.

### **5.1.2.- La función de las minorías en la democracia**

Para nuestra autora, «la minoría es una nueva clase, surgida dentro de la democracia»<sup>161</sup>, pero totalmente diversa de lo que conocemos como clases sociales. Las clases sociales son algo estático y viven del pasado, tienen, en general, una voluntad conservadora o reaccionaria. Zambrano caracteriza a las minorías en democracia con las palabras que siguen:

Pues minoría es más que una clase, un grupo que puede estar integrado, y casi siempre lo está, por individuos provenientes de clases sociales distintas. No los une el nacimiento, el origen de donde provienen, sino la finalidad a la que se dirigen. Minoría, podríamos decir, es una clase nueva –nueva en cualquier momento en que la haya habido- que surge en virtud de una finalidad; no «está ahí», viniendo del pasado; ha surgido, ha sido inventada, creada y se mantiene mientras cumple. Desaparece como minoría no más cesa en su finalidad.<sup>162</sup>

Por consiguiente, las minorías son grupos de personas dentro de una sociedad para cumplir un determinado fin. Al contrario que la clase social, que tiene su razón de ser en el pasado, la minoría se ocupa de llevar a cabo un proyecto de futuro, su modelo es la persona creadora, a cuyo funcionamiento deben asemejarse. Las minorías de este tipo sólo pueden surgir si hay pueblo, es decir, si no existen las clases sociales o si, aún existiendo, éstas cuentan menos que el pueblo como unidad de todas las personas.

Las minorías cumplen una función esencial como guía del pueblo, y su papel es fundamental en momentos de crisis como en el que nos encontramos. El momento de crisis, como ya anunciamos, es un momento a la vez de decadencia de lo pasado y un nuevo despertar.<sup>163</sup> Es un momento crítico en que el pueblo puede ser degradado a masa,

<sup>161</sup> Ibid., p.190.

<sup>162</sup> Ibidem.

<sup>163</sup> Véase el capítulo 4.5. del presente trabajo.

depende del virtuosismo de las minorías que ésto no se produzca. Las minorías han de ayudar al pueblo a digerir sus satisfacciones, a cobrar conciencia de sí mismo, de su fuerza y de sus derechos, para que el pueblo sea efectivamente sujeto activo de su historia y no víctima pasiva. Pues «sólo se es libre ejerciendo la libertad, más el ejercicio de la libertad requiere entrenamiento. Así el que comienza a ser libre no puede estar entrenado pues nunca pudo ejercer su libertad».<sup>164</sup> Este despertar es un momento crítico, pues se abre una nueva promesa de libertad, pero ésta debe ser llevada a buen término, y no es algo que pueda ocurrir de repente. Como sabemos, «el despertar a la conciencia y la libertad ha consumido siempre víctimas».<sup>165</sup>

Podemos aventurar que, en esta cuestión, quizás Zambrano hiciera referencia a los intelectuales como posibles representantes de estas minorías. En *Los intelectuales en el drama de España*, escrito en los inicios de la guerra civil, por tanto un par de décadas antes hablar de las minorías en *Persona y democracia*, Zambrano hace una honda reflexión sobre el papel de los intelectuales en tan difíciles momentos para el pueblo. Habla de un tipo de inteligencia militante o combatiente, simbolizada por la diosa de la sabiduría, Palas Atenea, quien nació armada en Grecia, una función de la razón que debiera ser recuperada en la actualidad.

Especialmente en España, un país profundamente ateórico, en que hasta el momento de la Guerra Civil había un mutuo desprecio entre el pueblo y las élites intelectuales, Zambrano propone un reencuentro entre el pensamiento y la realidad. En referencia a la revista militante *Hora de España*, dice:

El propósito es sobriamente enunciado en el número primero: se trata de vivir íntegramente esta hora de España, de que la inteligencia reanude sus afanes, mas no ignorante de la hora en que vive, sino al revés, para hacerse cargo totalmente de ella, para penetrarla y hacerla, hasta donde pueda, inteligible y transparente; (...) Pero se trata también, y más hondamente, de realizar en lo intelectual la revolución que se realiza en otras zonas de la vida. Se trata de decir lo que tanto se sabía y nunca se dijo, de formular lo que sólo se presintió, de pensar lo que se había entrevisto, de dar vida y luz a todo lo que necesita ser pensado, a la cultura nueva que se abre camino.<sup>166</sup>

Se trata, por tanto, de dar a luz una nueva cultura, de un nuevo modo de entender a las minorías, al pueblo, y a la sociedad entera, como análogas a la persona. Y la forma

---

<sup>164</sup> Ibid., p.194.

<sup>165</sup> Ibid., p. 195.

<sup>166</sup> M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 114.

de este tipo de régimen social sólo puede ser la democracia. Y la función de las minorías intelectuales es la de guiar al pueblo, comprometiéndose con él activamente para lograr este objetivo.

## 5.2.- La sociedad democrática.

La democracia, ya definida como «la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona»<sup>167</sup>, ha de ser también «un régimen que se comporte como una persona en su integridad»<sup>168</sup>, es decir, ha de estar diseñado a imagen y semejanza de la persona, una sociedad verdaderamente humanizada en todos los sentidos.

La persona es un ser irreductible, que siempre va más allá de sí misma y se proyecta hacia el futuro. Tiene en cuenta al tiempo en sus múltiples dimensiones, pasado, presente y futuro, y la multiplicidad de lo real. Si la democracia debe estar hecha a su imagen y semejanza ha de tener en cuenta también estos factores: tiempo, cambio y diversidad. Es, por lo tanto, el modo de vida democrático un antídoto contra cualquier forma de absolutismo, pues éste consiste en la paralización del tiempo en un momento pretendidamente perfecto, y en la subsunción de la multiplicidad de lo real en la claridad sustantiva del concepto.

En la vida humana nada es real si no es realizado y actualizado cada día, la vida es multiplicidad y relatividad nunca consumada. Si existe algo absoluto, esto no puede estar en lo real, sino en el interior de la persona, como un horizonte al que tiende pero que nunca es alcanzado. En esto descansa la ética de la persona que lo es auténticamente, en la doble fidelidad a lo absoluto y lo relativo, en el «querer algo absolutamente, pero quererlo en el tiempo y a través de todas las relatividades que vivir en él implica».<sup>169</sup>

La democracia es el régimen de una sociedad formada por personas, y las personas, en virtud de la ética, incluyen en su área de actuación a la totalidad de la sociedad. La sociedad representa el pasado con el que la persona, que es creadora de futuro, se encuentra en el presente, pero en un presente que no es único, sino múltiple, puesto que se compone de mi presente y del de resto de personas con las que convivo. La vida moral de la persona debe incluir en sí, por tanto, los presentes de los demás, el

<sup>167</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p. 169.

<sup>168</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>169</sup> *Ibid.*, p. 203.

pasado, como parte de una sociedad a la que debe su cultura, y el futuro hacia el que tiende en compañía de los otros. En palabras de la filósofa:

Y es propio de la persona el avanzar... pero esto no se verifica en un modo simple. Avanzar, en realidad, sólo se logra sabiendo recorrer las diversas dimensiones del tiempo. En vez de quedarse fijo, preso en la fijeza, frente a una imagen o una idea o un propósito, recorrer con él los múltiples caminos del tiempo hacia el pasado y hacia el futuro; contrastado con los diversos presentes. Pues el momento presente es múltiple: el presente mío y el presente de otros, como perteneciente a una clase social, a una sociedad con la que me he encontrado, desde el pasado. Como persona en soledad me proyecto hacia el futuro. Mas en el presente es donde convivo con los demás, con todos los que componen esta sociedad, mis coetáneos.<sup>170</sup>

El fin es lograr, no una unidad, una unificación de lo múltiple como pretenden las tendencias absolutistas, sino «una especie de armonía de los tiempos»<sup>171</sup>, un régimen que dé unidad a la multiplicidad reconociendo todas las diversidades. Y no sólo hay que atender a la diversidad, sino también, lo que es más delicado, hay que atender al cambio, lo cual exige muchas veces correcciones, rectificaciones en el proyecto que perseguimos para alcanzarlo de verdad. Pues «ser persona activamente exige esta atención constante al cambio de las situaciones vitales y una acción en consecuencia. Y esta acción es, a veces, una corrección. Sólo la persona puede corregirse a sí misma».<sup>172</sup>

A la hora de hablar y entender esta nueva concepción de sociedad democrática, Zambrano propone un cambio de paradigma. Hasta el momento se ha tendido a ver a la realidad como un conjunto de cosas y a la vida como un conjunto de hechos. Según esta interpretación sustancialista y estática, se entiende al régimen político como una especie de estructura fija en donde se colocan las cosas y las personas en lugares predeterminados, pudiendo ser intercambiables. Como contrapunto, nuestra filósofa ve las cosas reales como haces de energía<sup>173</sup> y a la vida como un proceso interminable de sucesión de “momentos”. De acuerdo con esto, la democracia ha de ser un régimen que sea expresión de la sociedad democrática formada por personas, esto es, plural y dinámica.

La sociedad en la que vivamos ha de constituirse tomando como modelo a la imagen que el ser humano tenga de sí mismo y no al revés. En una sociedad cerrada,

---

<sup>170</sup> Ibid., pp. 203-204.

<sup>171</sup> Ibid., p. 204.

<sup>172</sup> Ibidem.

<sup>173</sup> Haciendo referencia a la “nueva física”, lo que entendemos por la actual física cuántica.

como las que ha habido hasta el momento, la prioridad la toma la estructura política, a la cual ha de ajustarse la sociedad y las personas se encajonan en las posiciones vacantes según las necesidades políticas y sociales. María Zambrano invierte tal esquema. Lo prioritario es que la persona tenga una imagen ajustada de que lo que es su realidad y de lo que espera y, consiguientemente, la sociedad (entendida como pueblo) y su régimen político han de configurarse análogamente a la persona. El único régimen político que pueda realizarse a imagen y semejanza de la persona, será la democracia.

Por tanto, una sociedad, clase, grupo o minoría o pueblo, será más viviente y creadora cuando en ella la persona individual tenga más libertad y mayor estímulo para ser ella misma en toda su plenitud. Y la diferencia que separa una sociedad de otra, un régimen de otro, es simplemente ésta: que unos se mantienen anulando la persona, como si se alimentasen de ella para hacerla desaparecer. Las otras, se alimentan también de personas, mas asemejándose a ellas cuanto es posible, conformándose según la persona a su imagen y semejanza.

¿Seguirá siendo utópico pensar que algún día la sociedad tendrá una conformación, una estructura análoga a la de la persona humana?<sup>174</sup>

Desde siempre ha existido en el ser humano un terror hacia el cambio, hacia el dinamismo y la multiplicidad de la realidad, por lo que se ha intentado imponer una estructura racional que constriña a lo real en unos límites fijos que ayuden al hombre a saber a qué atenerse y a dominar lo que desconoce. Pues «en la incertidumbre que es la vida, los conceptos son límites en que encerramos a las cosas, zonas de seguridad en la sorpresa continua de los acontecimientos».<sup>175</sup> De este miedo nace el absolutismo de raíz racionalista, que trata de paralizar la vida y de ordenarla a su criterio. Pero la democracia y este nuevo modo de concebir al ser humano como persona, según la autora, pueden actuar como liberadoras del temor a la realidad por una vía distinta a la del concepto. Como afirma «nosotros tenemos fe en una política que ame tanto la vida, que se encuentre con elasticidad bastante para correr tras ella, no para apresarla, sí para que la unión perdure».<sup>176</sup>

La imagen de un régimen político ha tendido históricamente a identificarse con el orden arquitectónico y, ciertamente, esta imagen ha sido ajustada cuando hablamos del absolutismo. De hecho, Zambrano elige como mejor símbolo del absolutismo occidental al Palacio-Panteón de San Lorenzo del Escorial, construcción fundada y

---

<sup>174</sup> Ibid., pp. 191-192.

<sup>175</sup> M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Ed. cit., p. 152.

<sup>176</sup> M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Ed. cit., p. 207.

dirigida por el mismo Felipe II, una mole maciza edificada sobre una monumental plataforma a la que la autora dedica varias reflexiones tanto en *Persona y democracia*, como en *Horizonte del liberalismo*.

Pero como imagen de la sociedad democrática que Zambrano postula, elige el orden musical, una sinfonía. La unidad musical de la sinfonía no está hecha de antemano, sino que para poder disfrutarla hay que actualizarla, hacerla nosotros y en nosotros. Lo mismo ocurre con la democracia, que no existe sino se actualiza en todo momento. No basta con decir que un régimen es democrático para que lo sea en realidad, sino que el pueblo, como unión de personas, debe hacer valer su poder a cada paso, y lo debe hacer de un modo responsable y sabiendo lo que hace.

Una sinfonía no puede ser interpretada por una sola persona, ni tampoco por un solo grupo de personas en un momento determinado de la historia, como sí puede serlo un edificio. El régimen democrático, como la sinfonía, ha de ser creado entre todos y sólo se actualiza cuando participamos en él, pues «el orden de algo que está en movimiento no se hace presente si no entramos en él».<sup>177</sup> Denuncia Zambrano el error de identificar la quietud con el orden y el movimiento con el caos, pues se puede encontrar orden en la armonía.

La democracia también tiene como dogma la igualdad de todas las personas, pero es igualdad en tanto que humanos, y no en el sentido cualitativo de uniformidad. Es una igualdad que acepta dentro de sí a la multiplicidad, es «el supuesto que permite aceptar las diferencias, la rica complejidad humana y no sólo la del presente, sino la del porvenir. La fe en lo imprevisible».<sup>178</sup>

Somos, por tanto, necesariamente libres, pero libres para elegir entre las circunstancias que nos son dadas, pues la libertad no se erige en el vacío. Y esto, en conclusión, de ningún modo nos enseña un camino predeterminado por el que debemos transcurrir de aquí en adelante, esa nunca fue la pretensión de María Zambrano en su obra política. Lo que hace es abrir el camino, dar un fundamento para una nueva forma de vivir la política, pues la política es ante todo una actividad vital, y nos ofrece también un horizonte, el de la creación de una sociedad hecha por personas, para las personas y a imagen de las personas. Pero, como ella misma escribe, como conclusión esperanzada a *Persona y democracia*, «con ello no se acaba el camino: más bien se empieza».<sup>179</sup>

---

<sup>177</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. cit., p.206.

<sup>178</sup> *Ibid.*, p.207.

<sup>179</sup> *Ibid.*, p. 208.

Y, sin embargo, en el prólogo a este mismo libro, escrito en 1987 tres décadas más tarde en un contexto político internacional bien distinto, con el hundimiento ya inexorable del bloque soviético y con una democracia que parecía florecer en casi todos los lugares del planeta, o al menos esa era la versión oficial. Y en este nuevo contexto, ¿Qué sentía María Zambrano con respecto a ese despertar que se abría y que anunciaba un nuevo mundo, una nueva sociedad humanizada a finales de los años cincuenta?, ¿Se había cumplido la promesa que en ese momento se anunciaba o el ser humano había sucumbido a su trágico destino?, ¿Es la democracia actual en algo similar a la que ella postulaba?

En estas líneas afirma que las democracias occidentales, lejos de haber puesto fin a la historia sacrificial, la han llevado más bien hacia su cumplimiento, una vez más. Su diagnóstico es desolador, pues la crisis de Occidente en aquel momento desemboca, décadas más tarde en orfandad de la cultura occidental, en una falta absoluta de sustento para el ser humano que ya no tiene a qué aferrarse y también en una falta de horizonte. Presenta su obra en este prólogo como «un testimonio, uno más, de lo que ha podido ser la historia, de lo que pudo ser, un signo de dolor porque no haya sucedido que no desvanece la gloria del ser vivo de la acción creadora de la vida, aún así, en este pequeño planeta».<sup>180</sup>

Pues el hombre es un ser que se renueva constantemente, que después de mil caídas siempre puede volver a renacer. Y es esta su esperanza final, «de que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño lugar se dé nuevamente».<sup>181</sup>

---

<sup>180</sup> Ibid., p.13.

<sup>181</sup> Ibidem.

## 6.- CONCLUSIONES

Para finalizar este estudio acerca del pensamiento político de María Zambrano, y partiendo de la lectura directa de sus obras, presentamos, a modo de síntesis, las conclusiones que hemos extraído:

- En primer lugar, establecemos que el método utilizado para acercarse al estudio de la política es el mismo que subyace en toda su obra filosófica: la razón poética. Se trata de un tipo de racionalidad que, en hermanamiento con la pasión, la fe, la experiencia y la poesía, intenta sacar a la luz un conocimiento integral de la realidad humana llegando hasta los ínfimos, a sus entrañas, para asistir al nacimiento en él de su creación: la historia. Se propone un desvelamiento de las pasiones humanas que subyacen en la historia, siendo la más fundamental, la pasión de ser, de afirmarse a sí mismo el ser humano.
- Advertimos en la filosofía de María Zambrano una profunda imbricación entre política, moral e historia. Entendemos en estos términos a la filosofía política zambraniana como un historicismo. La política consiste en un conjunto de acciones de naturaleza ética que tienen como finalidad la emancipación del ser humano en la historia.
- Hallamos en la autora una postura ambivalente con respecto a la modernidad y el proyecto ilustrado, actitud común con otros muchos filósofos coetáneos europeos. Por un lado valora positivamente la voluntad inicial de democratización cultural y emancipación social que surge en esta época. Pero, por otro, denuncia que, por un exceso de idealismo e individualismo, del racionalismo moderno han derivado los grandes sistemas absolutistas que han dominado Europa en el siglo XX, con las terribles consecuencias históricas que, en buena medida, le tocaron vivir.
- María Zambrano somete a un riguroso examen al liberalismo político y sus fundamentos, llegando a la conclusión de que se encuentra en una encrucijada de la que no puede salir a menos que renuncie, o bien al sistema económico sobre el que se asienta, o a sus postulados espirituales. En este dilema, la autora aboga por la salvación de un liberalismo reformado que renuncie al racionalismo, al individualismo extremo, y a la sobrevaloración de la libertad individual con respecto a la igualdad y la justicia social.

- Zambrano afirma al tiempo como medio fundamental de la vida humana y su conocimiento (entendido como praxis) es el gran desafío histórico que tenemos por delante. De hecho, el dintel histórico ante el que nos encontramos es el del paso de la historia trágica o sacrificial (vivida por aquellas sociedades que no saben tratar con el tiempo) a la historia ética (que comienza con la adecuación de la conciencia histórica a la realidad temporal que somos).
- La tragicidad de la historia consiste en que el ser humano, como los protagonistas de las tragedias griegas, ha actuado sin saber, padeciendo la historia en vez de hacerla. Y esto es una limitación existencial en el ser humano que hasta ahora ha sido ignorada, que el conocimiento sólo llega cuando el hecho ya está consumado. Pero, si bien esta dificultad no se puede eliminar, sí es posible atenuar sus efectos mediante el ejercicio del conocimiento histórico, que nos proporciona las claves para crear un horizonte de sentido en el que los acontecimientos históricos se ordenen de un modo comprensivo. Sólo mediante la conciencia histórica podremos poner fin a la tragedia y entrar en una nueva fase: la historia ética.
- El ejercicio de la libertad está indisolublemente ligado al reconocimiento de la dimensión temporal e histórica de la persona. De este modo la libertad humana no puede ser absoluta, sino que ha de estar situada en unas coordenadas espacio-temporales concretas y se abre a partir de las mismas, con el consiguiente conocimiento y aceptación de las limitaciones inmanentes al hecho de ser personas. El conocimiento histórico y la aceptación de la temporalidad son las condiciones necesarias para el ejercicio de la libertad.
- La autora califica su propia política como revolucionaria, entendiendo por ésta al tipo de política que admite la necesidad del cambio perenne, la transitoriedad de las formas sociales y su accidentalidad, y también la que admite la pluralidad y multiplicidad existente en la realidad social humana y es capaz de adaptarse a ella activamente.
- Se propone una nueva imagen del hombre como finalidad a alcanzar, la persona, y por tanto la superación del individuo, ensalzada por el liberalismo tradicional. La persona es el ser dotado de conciencia histórica, que se conoce a sí mismo y sus limitaciones, que debe parte de su ser a la sociedad en la que nace, pero que la trasciende y se proyecta hacia el futuro.

- La finalidad de la filosofía política de María Zambrano es la de postular un tipo de sociedad que esté diseñado a imagen y semejanza de la persona. Un régimen que se comporte como una persona en su integridad, que tenga conciencia del pasado, que acoja la pluralidad de los presentes de todos los miembros de la sociedad, y que se proyecte hacia el futuro sin temor al cambio o a la autocorrección. Este régimen sólo puede ser la democracia.
- El referente último de todo el planteamiento político de María Zambrano ha sido siempre España, puesto que su desarrollo intelectual ha estado fuertemente marcado por los acontecimientos históricos que en este país le toca vivir y, después, por su condición de exiliada. Cuando habla de democracia, lo hace atendiendo al sentido etimológico de la palabra, el gobierno del pueblo, del pueblo vivo, al que diferencia de la masa, subproducto del liberalismo individualista. Propone un gobierno del pueblo, que en España tiene unas características especiales, antiidealismo, materialismo, realismo, que quizás lo hagan un sustrato adecuado para la implantación del tipo de democracia que defiende. Pero, para ello el pueblo español tiene que superar una serie de deficiencias históricas que le han acompañado desde su misma constitución como Estado. En este sentido defiende la imprescindible función de las minorías, en el caso español compuestas por los intelectuales activos, comprometidos con la justicia social y la humanización de la historia, que es, para empezar, su aceptación y su comprensión, para proyectar una sociedad futura en donde la persona sea al fin una realidad.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes fundamentales:

- ZAMBRANO, María, *Delirio y destino*, Mondadori, Madrid, 1989.
- *Horizonte del liberalismo*, Ed. Morata, Madrid, 1996.
  - *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Trotta, Madrid, 1998.
  - *Persona y democracia*, Siruela, Madrid, 1996.

### Fuentes secundarias y obras consultadas:

- ARENDDT, Hannah, *¿Qué es política?*, Paidós, Barcelona, 1997.
- ECO, Humberto, *Cómo se hace una tesis*, Gedisa, Barcelona, 2007.
- HEGEL, Wilhelm.Friedrich, *Fundamentos de la filosofía del derecho*, Edhasa, Barcelona, 1999.
- HEIDEGGER, Martin, *Ser y tiempo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2001.
- NAREDO, José Manuel, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid, 2010
- MORENO SANZ, Jesús, “De la razón armada a la razón misericordiosa” en ZAMBRANO, María, *Los intelectuales en el drama de España*. Trotta, Madrid, 1998.
- “La política desde su envés histórico-vital” en ZAMBRANO, María, *Horizonte del liberalismo*. Ed. Morata, Madrid, 1996.
- ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, Ed. Planeta de Agostini, Barcelona, 2010.
- *La rebelión de las masas*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1972.
- QUESADA, Fernando, *Sendas de democracia*, Ed. Trotta, Madrid, 2008.
- SUANCES MARCOS, Manuel, *Historia de la filosofía española contemporánea*, Ed. Síntesis, Madrid, 2006.
- UNAMUNO, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, Ed. Planeta de Agostini, Barcelona, 2010.

– *En torno al casticismo*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1996.

### **Artículos extraídos de Internet:**

ALVARENGA, Luis, “Las ideas políticas en María Zambrano” *Uca.edu.sv*.

Universidad Centroamericana. Web. 20 sept. 2011.

<<http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/Las%20ideas%20politicas%20en%20Maria%20Zambrano.pdf>>

MAILLARD, Chantal, “La mujer y su obra”. *Ensayistas*. Universidad de Málaga,

Junio, 1998. Web. 13 nov. 2011

<<http://www.ensayistas.org/filosofos/spain/zambrano/introd.htm>>

MUÑIZ-HUBERMANN, Angelina, “María Zambrano y el misticismo de la cábala”

*Revistadelauniversidad. Unam*. Revista de la Universidad de México. Web. 20

sept. 2011. <<http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/0604/pdfs/65-76.pdf>>

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, “El compromiso político intelectual de María

Zambrano” *Revistadelauniversidad. Unam*. Revista de la Universidad de

México. Web. 20 sept. 2011.

<<http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/1605/pdfs/5-14.pdf>>

VELÁZQUEZ DELGADO, Jorge, “Límites y horizontes del liberalismo. Una reflexión

en torno a las ideas políticas de María Zambrano” *Redalyc. Uaemex*. Andamios,

Revista de Investigación Social, Volumen 2, número 4, Junio, 2006. Web. 26

oct. 2011. <<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/628/62820403.pdf>>